



*Cuando Gilberto amaba,
prosiguió Oliva, á la señorita
de Foverney.....*

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO IV.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

EL BAILE DE LA OPERA.

El baile se hallaba en su mayor esplendor cuando el Cardenal Luis de Roban y Mad. de La Motte se introdugeron en él de una manera furtiva, mezclándose con millares de dominós y de máscaras de toda especie.

Al corto rato de hallarse en el salon, se perdieron entre la multitud, como se pierden ó desaparecen

en las grandes avenidas los pequeños remolinos de agua que llaman por un momento la atención de los que pasean por la corriente.

Dos dominós, que iban tan estrechamente unidos uno á otro como era posible estarlo en medio de aquella barahunda, pugnaban ostensiblemente y combinando sus fuerzas por resistir al choque, pero viendo que sus esfuerzos eran infructuosos, tomaron el partido de refugiarse en el palco de la Reyna, en el cual no estaba la gente tan apiñada, y cuya pared les ofrecia además un punto de apoyo.

Estos dos dominós, que eran blanco el uno y negro el otro, el uno alto y el otro de mediana estatura, uno hombre y otro muger, y el mayor de los cuales agitaba vivamente los brazos mientras que el otro volvía con precipitación la cabeza hácia todas partes, traían entre sí un coloquio de los mas

animados.

Escuchemos, pues, lo que hablaban.

— Os he dicho, Oliva, y vuelvo á repetíroslo, que estás esperando á alguno, decia el mas alto; vuestro cuello no parece cuello, sino una beleta que gira hácia todos vientos.

— ¿Y bien, y qué?

— ¡Cómo y qué!

— Es claro; ¿tiene por ventura algo de particular que vuelva la cabeza hácia todas partes? ¿A qué habria venido si no á este sitio?

— El mal no está en que volvais vos la cabeza, sino en que la hagais volver á los demas.....

— Y aun cuando eso sea, señor mio, paréceme que no se viene á la ópera con otro objeto.

— Sí tal; se viene por mil motivos.

— ¡Oh! sí, en cuanto á los hombres, no digo que no; pero las mu-

geres tan solo traen una intencion.

— ¿Cuál?

— La que acabais de decir hace un momento: la de llamar la atencion de tantas cabezas cuantas les sea posible. De consiguiente, y puesto que ya me habeis traído al baile resignaos y dejadme en paz.

— ¡Señorita Oliva!

— ¡Oh! Escusado es que levanteis el gallo, porque ya sabeis que me importan un bledo vuestros gritos: en cambio debo advertiros que no volvais á llamarme por mi nombre; porque eso es de muy mal tono en el baile de la ópera.

El dominó negro hizo, al oír estas palabras, un movimiento de cólera que se vió precisado á contener por la llegada repentina de uu dominó azul, azaz grueso y alto al par que de elegante y noble continente.

— Vamos, vamos, caballero, dejad á esta señora que se divierta á

su placer. ¡Qué diablo! no todos los días son vigésimos de cuaresma, ni todos los vigésimos de cuaresma se viene tampoco al baile de la ópera.

—Haced el favor, señor mio, de no meteros en lo que no os va ni os viene, repuso brutalmente el del dominó negro.

—Eh! caballero, replicó el del dominó azul, tened presente que la cortesía nunca está de mas.

—Yo no os conozco, y por lo tanto me creo escusado de serlo con vos.

—Ciertamente que no me conocéis; pero.....

—¿Qué?

—Que en cambio yo sí os conozco, señor de Beausire.

El del dominó negro, que tan fácilmente pronunciaba el nombre de los demas, se estremeció al oír el suyo, y se conmovió de tal manera, que el mas lerdo lo hubiera co-

nocido al notar las oscilaciones de su sedoso capuchon.

— ¡ Oh ! Nada temais , señor de Beausire , prosiguió el otro máscara ; no soy lo que pensais .

— ¿ Y qué diablos pienso yo ? ¿ Tendriais , por ventura , la pretension , vos que adivinais los nombres , de querer adivinar tambien los pensamientos ?

— ¿ Por qué no ?

— Dignaos entonces adivinar el mio : asi como asi , hasta la presente no he tenido ocasion de conocer á ningun brujo , y á fe que no me pesaria encontrarme con uno .

— ¡ Bah ! Lo que me pedís es asaz poco difieil para merecer por ello un título que vos pareceis dispuesto á otorgarme con demasiada facilidad .

— Sí tal ; pedid otra cosa .

— Os repito que me bastará el que adivineis lo que acabo de decir .

— ¿Lo quereis así?

— Os lo ruego, que es mas.

— Pues bien; en ese caso, señor de Beausire, os diré que me habeis creído un agente de Mr. de Crosne.

— ¿Un agente de Mr. de Crosne?

— Precisamente; ¡qué diablo! no os hagais el chiquito, puesto que me consta de buena tinta que no conoceis nada mas de sobra que al lugar teniente de policía.

— ¡Caballero!....

— Insisto en lo dicho, señor de Beausire: pero..... ¡calla! cualquiera diria que andábais viendo si traiais la espada en el tahalí?

— Estoy echándola de menos efectivamente.

— ¡Valgame Dios! señor de Beausire, y qué natural tan belicoso tenéis! Pero al presente debéis reportaros, puesto que os habeis dejado la espada en casa, y habeis

hecho perfectamente. Hablemos por lo tanto de otra cosa. ¿Seriais tan amable que permitiéseis á esta señora que se agarrase de mi brazo, y que se venga conmigo ?

— ¡Esta señora, asida á vuestro brazo !

— Ya se ve que sí; ¿qué tendria de particular ? ¿no es esto, por ventura, moneda usual y corriente en el baile de la ópera ?

— Asi es en efecto; pero tambien es preciso que el caballero dé antes su beneplácito.

— A veces, mi querido señor de Beausire, basta con el beneplácito de la señora.

— ¿ Y por cuánto tiempo solictais llevar mi pareja ?

— ¡ Ah ! sois muy curioso, señor de Beausire; os diré sin embargo, que asi como podrá ser por solos diez minutos, ó por una hora, podría suceder tambien que no me separase de ella en toda la noche.

— ¡Caballero; creo que os estais burlando de mí!

— ¡Bah! respondedme categóricamente, *sí ó nó*, y dejaos de tontería. ¿Permitís, pues, á esta señora que se agarre de mi brazo?

—No.

—Vamos, mi querido señor de Beausire, no os hagais de pencas, ni pretendais dárnosla de astuto.

— ¿Por qué decís eso?

—Porque llevando, como llevais una careta, es inútil el que traiteis de poneros otra.

— ¡Caballero!

— ¡Eso es! ¿Apostamos á que quereis incomodaros ahora, y echarla de mal genio, despues de haber hecho alarde de vuestra estremada amabilidad hace poco?

— ¿En dónde?

—En la calle Dauphine.

— ¡En la calle Dauphine! exclamó Beausire estupefacto.

Oliva soltó á esta sazón una

carcajada.

— ¡ Oh! callaos, señora; la dijo con acento de cólera el del dominó negro.

— Luego añadió volviéndose hácia el dominó azul:

— Caballero, ignoro lo que quereis decir; de consiguiente embromadme mas honradamente si os es posible.

— Perdonad, caballero; ninguna broma hay mas legitima que la verdad; ¿ no es asi, señorita Oliva?

— ¡ Ah! ¿ Tambien me conoceis á mi? exclamó esta.

— Si no me engaño, este caballero acaba de pronunciar vuestro nombre hace un instante.

— Deciais, prosiguió Beausire volviendo á la interrumpida conversacion, que la verdad.....

— La verdad es, que al ir á matar á esta pobre señora, hace sesenta minutos sobre poco mas ó menos, os quitó esta mala idea el so-

nido de una veintena de luises.

— Basta, caballero.

— Entonces, permitid que esta señora se agarre de mi brazo.

— ¡ Oh! Ya voy viendo que esta señora y vos...

— ¿ Qué ?

— Que estais de acuerdo.

— Os juro que no.

— ¡ Oh! ¿ como es posible que presumais semejante cosa ? exclamó Oliva.

— Ademas de que..... añadió el del dominó azul...

— Proseguid.

— Que aun cuando asi fuese, seria únicamente para vuestro bien.

— ¿ Para mi bien ?

— Sin duda que sí.

— Cuando se aventura una proposicion, es preciso probarla; dijo caballerescamente Beausire.

— No tengo en ello el menor inconveniente.

— ¡ Ah! Tendria curiosidad de

ver cómo lo conseguiais.

— En ese caso, prosiguió el dominó azul, probaré que vuestra presencia en este sitio puede seros tan perjudicial como provechosa os sería la ausencia.

— ¿A mí?

— Sí, á vos.

— ¿Quereis decirme por qué?

— Con mil amores. Supongo que no negareis que sois miembro de cierta Academia; ¿no es verdad?

— ¿Yo?

— ¡Bah! No váyais á incomodaros, mi querido señor de Beausire, puesto que no aludo á la Academia francesa.

— Academia... Academia... murmuró el caballero de Oliva.

— Sí; de una Academia que celebra sus sesiones en la calle del Pot-de-Fer, y en el sótano de una de las casas de la misma; ¿es cierto, mi querido señor de Beausire?

— Chit!

— ¡Bah!

— Silencio, repito. ¡Oh! Qué indiscreto sois, caballero.

— No digais tal.

— ¿Por qué?

— ¡Pardiez! Porque no podeis creer ni una palabra de lo que acabo de deciros; pero volviendo sin embargo á lo de la Academia...

— ¿Qué?

El del dominó azul sacó del bolsillo un precioso reloj, sobre cuya esfera guarnecida de brillantes se fijaron encendidas como dos ascuas las pupilas de Mr. de Beausire.

— ¿Qué ibais á decir? repitió este último.

— Iba á decir, mi querido señor de Beausire, que dentro de un cuarto de hora va á discutirse en vuestra Academia un pequeño proyecto para proporcionar un beneficio de dos millones á doce sócios, de los cuales sois uno, si mal no

me han informado.

—Y vos otro; á menos que no seais.....

—Acabad.

—A no ser que seais un soplón.

— ¡Bah! yo creia, señor de Beausire, que érais un hombre de talento, y veo con dolor que no sois mas que un infeliz. ¿No conocéis, pobre hombre, que si fuera de la policía, os habria ya atrapado mas de veinte veces, y por pecadillos mucho menos honrosos que el de esa especulacion de dos millones que va á ser discutida en la Academia dentro de algunos minutos?

Beausire se paró á reflexionar un instante, y dijo en seguida:

— ¡Por vida del diablo, que tenéis razon!

Pero deteniéndose al punto, merced á una idea repentina que le vino al magin, exclamó:

— ¡Ah! ¿conque es decir que

me enviáis á la calle del Pot-de-Fer?

—Eso es precisamente.

—Entonces, ya sé con qué objeto.

—¿Con cuál?

—Con el de hacerme una mala pasada: pero debiais suponer que no soy tan mentecato, que vaya á dejarme engañar asi como quiera.

—Acabais de decir otra majaderia, señor de Beausire.

—¡Caballero!

—Claro está; porque teniendo la posibilidad de hacer lo que decis, y sobre todo la de adivinar lo que se trama en vuestra Academia, pudiera escusarme perfectamente de haberos pedido permiso para acompañar á esta señora. No, amigo mio; no es esa mi intencion; de lo contrario os hubiera mandado arrestar sin andarme en chiquitas, y esta señora y yo nos hubiéramos quedado entonces á nuestra entera

libertad; pero mi divisa, señor de Beausire, es no valerme de otros medios que la dulzura y la persuacion.

—Pero... francamente, ¿no sois el mismo que hace cosa de dos horas se hallaba tendido en el sofá en casa de Oliva? exclamó Beausire soltando el brazo de esta.

—No os comprendo, repuso el del dominó azul, sobre cuyo pie acababa de tocar ligeramente Oliva: ignoro de qué sofá quereis hablar-me, porque en punto á sofás, no conozco mas que el de M. de Crebillon, hijo.

—En resumidas cuentas, dijo Beausire, esto no hace al caso; lo que importa es lo otro: y como vuestras razones son buenas ó excelentes, por mejor decir, podeis dar vuestro brazo á la señorita Oliva, y si vuestro objeto es conducir al mal á un hombre de bien, tanto peor para vos.

El epíteto de *hombre de bien* que tan liberalmente acababa de aplicarse Beausire á sí mismo, hizo soltar una carcajada al del dominó azul, el cual le dijo en seguida tocándole lijeramente en el hombro:

—Nada temais: al enviaros al sótano, os hago un regalo de cien mil libras al menos; porque si faltárais esta noche á la Academia, es privarian de vuestro contingente, segun es costumbre entre los asociados; al paso que si vais...

—No hay mas que hablar, dijo Beausire interrumpiéndole: de consiguiente, divertirse, y hasta mas ver.

Y desapareció haciendo una pirueta.

El desconocido tomó entonces á Oliva del brazo, la cual le dijo sonriéndose:

—Ahora que estamos solos, debo advertiros que si merced á mi condescendencia habeis embromado á

Beausire á vuestro sabor, no es fácil que hagais conmigo otro tanto, porque ya sabeis que os he conocido. De consiguiente, si es ese vuestro objeto, ved de ir discurrendo cosas agradables, porque si no...

— Lo mas agradable y divertido que yo conozco, es vuestra historia, mi querida Nicolasa; repuso el del dominió azul estrechando suavemente el torneado brazo de la jóven, la cual no pudo menos de dejar escapar un ligero grito al oír este nombre en boca de su compañero.

Pero reponiéndose al punto, como hace toda persona acostumbrada á no dejarse coger por sorpresa:

— ¿Qué nombre es ese? le preguntó con indiferente acento. ¿Qué es eso de Nicolasa? ¿Os referiais á mí, por ventura, al llamarme de ese modo? En tal caso os prevengo que vais á naufragar en el instante mismo de salir del puerto, por-

que habeis tropezado ya con el primer escollo. Yo no me llamo Nicolasa.

-- Si, ya sé que ahora os llamais Oliva, por que el nombre de Nicolasa os pareció que trascendia á provinciano hasta dejárselo de sobra. Sé tambien que hay en vos dos mugeres tan distintas como lo son estos dos nombres, y de ellas hablaremos por su turno. Empecemos, pues, por Nicolasa, y dejemos á Oliva para mas adelante. ¿Habeis olvidado, acaso, la época en que respondiais al primero? No podria creerlo. Cuando se ha llevado en la infancia un nombre, siempre se conserva, querida mia, si no exteriormente, en el fondo del corazon al menos, aun cuando se haya uno visto precisado á tomar otro para olvidar el primero. ¡Pobre Oliva! ¡Dichosa Nicolasa!

A esta sazón llegó, por decirlo así, una oleada de máscaras, que

hizo fluctuar á ambos interlocutores, como un navio agitado por las olas de una tempestad, y Oliva ó Nilasa se vió precisada, mal de su grado, á estrecharse mas y mas contra su compañero.

—¿Veis, prosiguió el del dominó azul, toda esa multitud abigarrada, todos esos grupos de capuchones que se estrujan unos á otros para devorar las palabras corteses ó amorosas que cambian entre sí, y los cuales se desviven por dirigirse reciprocamente sonrisas ó reconvenciones? Pues todas esas gentes tienen quizás otros tantos nombres como vos, y muchas de ellas se sorprenderian no poco si yo les digese al oido algunos de los cuales se acuerdan perfectamente, si bien están en la creencia de que todo el mundo los ha olvidado.

—Si no he oido mal, habeis dicho antes: *pobre Oliva...*

—Así es en efecto.

—¿Conque es decir que no creéis que soy dichosa?

—Sería muy difícil que lo fueseis con un hombre como Beausire.

Oliva repuso suspirando:

—Es verdad.

—¿Pero, á pesar de eso, le amais?

—¡Oh! nada mas que así, así.

—Entonces ¿por qué no le despedis de vuestro lado?

—No haré tal.

—¿Por qué?

—Porque me arrepentiria al día siguiente de haberlo hecho, y no podría vivir sin él.

—¡Cómo! ¿echaríais de menos su compañía?

—Mucho me temo que sí.

—¿Pues qué diablos de atractivos hallais en un hombre que es borracho, jugador y pendenciero, que os sacnde de vez en cuando, y cuyo término será probablemente morir enrodado en la plaza de Gréve?

—Quizás no comprendereis lo que

os voy á decir.

—¿Que?

—Que echaria de menos el estruendo que arma en torno mio.

—Debiera haberlo adivinado. ¡Hé aquí lo que tiene haber pasado su juventud entre gentes demasiado silenciosas!

—¡Cómo! ¿Sabeis acaso cómo he pasado yo mi juventud?

—Perfectamente.

—¡Bah! ¡seria preciso para eso que fuéreis nigromántico, mi querido caballero, repuso Oliva riéndose, y moviendo de un lado á otro la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Lo dudais?

—¡Oh! no; estoy segura de ello.

—Hablemos, pues, de vuestra juventud, señorita Nicolasa.

—Hablad enhorabuena; pero os prevengo que no pienso replicaros ni una palabra.

—¡Oh! ninguna necesidad tengo

de ello.

— Pues comenzad cuando gustéis; ya os escucho.

— Supongo que no extrañareis que deje á un lado el tiempo que permanecisteis en la infancia, porque ese tiempo no figura en la cuenta de la vida. Empezaré, por lo tanto, desde vuestra pubertad, ó sea, desde el instante mismo en que echásteis de ver que Dios os habia dado un corazon para amar.....

— ¿ Para amar? ¿ A quien?

— A Gilberto.

Al oír este nombre, estremeciósese Oliva en tales términos, que el del dominó azul no pudo menos de conocer su agitacion.

— Pero ¡ Dios mio! exclamó la jóven, entonces, ¿ cómo sabeis?...

Y se detuvo al pronunciar estas palabras, clavando sus ojos al través de la careta y con una emocion indefinible sobre el del dominó azul, el cual permaneció silencioso.

— ¡ Ah , señor ! prosigió Oliva , después de exhalar un hondo suspiro , y renunciando á luchar con su acompañante : el nombre que acabais de pronunciar es para mí un nombre fecundísimo en recuerdos : ¿ Habéis conocido á Gilberto por ventura ?

— Claro es que sí , puesto que os hablo de él .

— ¡ Ay !

— Y á fé mia , que era un excelente muchacho . ¿ Le amábais quizás ?

— A decir verdad , no era..... lo que se llama un arrogante mozo ; pero á mí me lo parecía sin embargo ; además , estaba dotado de una inteligencia superior ; su nacimiento era igual al mio..... y..... ¿ Pero qué estoy diciendo ? ¡ Igual á mí !... ¡ Ay ! no ; no es cierto por desgracia : ¡ no hay muger que pueda ser su igual , como Gilberto no quiera .

— Inclusa.....

— ¿ Inclusa quien ?

— ¡La señorita de Ta!...

— ¡Oh! no prosigais, exclamó Nicolasa interrumpiéndole; ya sé á quien os referís, y veo que os hallais al corriente de todo.... Gilberto aspiraba efectivamente á una muger de mas elevado rango que la pobre Nicolasa.

— No prosigo, puesto que me habeis indicado que asi lo deseábais.

— Es verdad, caballero; estoy convencida de que poseis secretos bien terribles. Pero.....

Y antes de continuar la frase se puso á contemplar al desconocido, como si hubiera querido leer en su semblante al través de la careta que le cubria.

— ¿Podriais acaso decirme, prosigió despues de una breve pausa, que es lo que ha sido de él?

— Perdonad; creo que debeis saberlo vos misma mejor que nadie.

— ¡Ay Dios mio! ¿por qué?

— Porque si bien es verdad que él os siguió de Taverney á París, tambien lo es que vos le seguisteis desde Paris á Trianon.

— No digo lo contrario; pero eso sucedió hace diez años lo menos, y de consiguiente no es á esa época á la que yo me refería, sino á los diez años que han trascurrido desde que yo me escapé y él desapareció. ¡Dios mio! Pasan tantas cosas en diez años!

El del dominó azul guardó silencio.

— ¡Ah! Por Dios os ruego, insistió Nicolasa con acento casi suplicante, que me digais lo que ha sido de Gilberto. ¿Callais? ¿Volveis la cabeza? ¿Os entristece por ventura á vos tambien este recuerdo?

El del dominó azul habia efectivamente inclinado la cabeza, en vez de volverla á otro lado, y pa-

recia abrumado bajo el peso de estos recuerdos.

— Cuando Gilberto amaba, prosiguió Oliva, á la señorita de Taverney....

— Pronunciad los nombres en voz mas baja, dijo interrumpiéndola el del dominó azul: ya habreis notado que yo no he querido ni mentarlos siquiera.

— Cuando estaba tan enamorado de ella, continuó Oliva suspirando, que iba diciéndolo á los árboles de Trianon...

— ¿Pero actualmente ya no le amais ?

— Al contrario, le amo mas que nunca, y este amor es el que me pierde. Yo soy hermosa, arrogante y hasta insolente cuando asi me acomoda; pero primero pondria mi cabeza sobre un tajo para que me la cortaran, que consentir en dar mi brazo á torcer.

— Veo que sois muger de corazon,

Nicolasa.

— Sí; en aquel tiempo creo que lo he tenido... dijo la jóven suspirando.

— Si os entristece esta conversacion...

— No creais tal; antes bien me consuela el recordar los dias de mi juventud. La vida tiene varios puntos de semejanza con los rios; las aguas del mas turbio se manifiestan á veces claras y trasparentes como el cristal. Dignaos continuar por lo tanto, y no hagais caso del pobre suspiro que acaba de escapárseme del pecho.

— ¡ Oh! exclamó el del domínó azul con un acento que revelaba la sonrisa que habia asomado á sus labios, y la cual hacia invisible la careta: tocante á vos, á Gilberto, y á otra persona, mi querida Nicolasa, sé todo cuanto podeis saber vos misma.

— En ese caso, exclamó Oliva,

decidme por qué huyó Gilberto de Trianon: si acertais esto...

— Quedareis convencida, ¿no es verdad? Pues bien: espero que habeis de quedarlo mas aun sin deciroslo.

— No os comprendo.

— Claro está; porque al preguntarme el motivo que movió á Gilberto á huir de Trianon, no es la confirmacion de una verdad lo que esperais de mi respuesta, sino la averiguacion de una cosa que ignorais, y que teneis grandes deseos de saber.

— Lo habeis acertado; no lo niego.

Y volviendo á estremecerse mucho mas visiblemente que antes, exclamó, cogiendo las manos de su interlocutor entre las suyas, agitadas por un temblor nervioso.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— ¿Qué es eso? ¿Qué teneis?

Nicolasa se repuso al momento, y pareció desechar la idea que la

habia impelido á esta demostracion.

— Nada ; no es nada ; repuso contestando al del dominó azul.

— ¡ Bah ! estoy seguro de que ibais á preguntarme alguna cosa.

— Pues bien , sí ; decidme francamente qué ha sido de Gilberto.

— ¿ No habeis oido decir que murió ?

— Sí , pero...

— Ha muerto ; esta es la verdad.

— ¿ Que ha muerto ? dijo Nicolasa con aire de duda.

Y sintiendo una sacudida nerviosa semejante á la primera , añadió :

— ¡ Oh ! Dignaos hacerme un nuevo servicio , caballero.

— Decid , mi querida Nicolasa ; estoy dispuesto á haceros no solo uno , sino dos , diez , todos cuantos querais.

— Pues bien , ¿ no sois el mismo que se hallaba en mi casa ?

dos horas?

—Sin duda que sí.

—Y hace dos horas, estoy segura, de que no tratábais de ocultaros de mí.

—Al contrario, todo mi afán era el que me viéseis.

—¡Oh! qué loca, que aturdida soy! ¡no haberos conocido despues de haberos mirado tanto! Vamos, tenia razon Gilberto, soy una loca, una estúpida; una pobre muger, en toda la estension de la palabra.

—¿Pero á qué viene eso ahora? ¿á qué viene el mesaros los cabellos? Vamos, Nicolasa, no seais tan cruel con vos misma.

—¡Ah! Dejadme, caballero, dejadme que me castigue por haberos mirado y no haberos reconocido.

—No comprendo lo que quereis decir.

—¿Rehusareis hacerme un fa-

— ¿Por qué?

— ¿Cuál?

— El de que os quiteis la careta.

— ¡Aquí! ¡Oh! no; es imposible.

— ¡Ah! confesad, sin embargo, que no es el temor de ser visto por otras miradas que las mías, lo que os lo impide, puesto que allí, detras de aquella columna, y al abrigo de la sombra de la galeria, nadie podria veros, osceptuando yo.

— ¿Pues qué, creéis que temo, segun eso?

— Temeis que yo os reconozca...

— ¿Yo?

— Y que esclame..... Gilberto!
Gilberto!

— ¡Ah! Deciais bien, que erais una loca!

— Quitaos, pues, la careta, para desengañarme.

— No tengo inconveniente; pe-

io ha de ser con una condicion.

—Accedo á ella desde luego.

—Con la condicion de que si os ruego yo á mi vez que os quitéis vuestra máscara...

—Me la quitaré al punto; y os autorizo si no lo hago para que me la arranqueis.

El del dominó azul no se hizo mas de rogar, y dirigiéndose hácia la galería oscura que le habia indicado la jóven, se quitó la careta así que llegó, y mostró su semblante á Oliva, la cual, despues de contemplarle por espacio de un minuto con ansiedad devoradora:

— ¡Ay! exclamó, dando una patada en el suelo, y desgarrándose el cutis de las manos con las uñas, ¡no es Gilberto!

— ¿Pues quién soy?

— ¿Qué me importa á mí que seais quien fuéreis, no siendo él?

— ¿Y si hubiese sido Gilberto? preguntó el desconocido volviendo á

ponerse la máscara.

— ¡ Oh! si hubiese sido Gilberto!.... exclamó la jóven con acento apasionado.

— ¿ Qué?

— Si hubiese sido Gilberto, y me hubiese dicho: Nicolasa, Nicolasa, acuérdate de Taverney-Maison-Rouge... ¡ Oh! entonces!....

— Acabad.

— Entonces, se hubiera ido Beau-sire con la honda del diablo.

— Pero es el caso, querida mia, que Gilberto ha dejado de existir, como os he dicho antes.

— Quizá vale mas que sea así; repuso Oliva suspirando.

— Creo lo mismo; porque Gilberto no os hubiera amado á pesar de vuestra hermosura.

— ¿ Presumis, tal vez, que me despreciaba?

— No; lo que presumo es que os tenia miedo.

— Es muy posible; porque yo sabia

todos sus secretos, y él se conocia tan bien, que no podia prescindir de temerme.

—Entonces, teniais razon; mas vale que haya muerto.

—¡Ah, no repitais mis palabras! Me hace daño el oirlas de vuestra boca. ¿Y por qué decís que es mejor que se haya muerto?

—Porque hoy, mi querida Oliva, (reparad en que ya no os llamo Nicolasa) se os ofrece en perspectiva un porvenir dichoso, rico y brillante.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello, con tal de que esteis decidida á poner por vuestra parte los medios necesarios para conseguirlo.

—¡Oh! descuidad sobre ese punto.

—En ese caso, debéis empezar por suprimir los suspiros que habeis dejado escapar un momento hace.

— Bien está. Hace un instante suspiraba por Gilberto efectivamente; pero como no es posible que haya dos Gilbertos en el mundo, y aquel ya murió, podeis estar seguro de que no suspiraré mas.

— Gilberto era jóven, y tenia por lo tanto todos los defectos y todas las buenas cualidades de la juventud. Hoy...

— Gilberto no es hoy mas viejo de lo que era hace diez años.

— Sin duda que no, puesto que ha dejado de existir.

— Ya lo veis, los Gilbertos mueren, pero no envejecen.

— ¡ Oh juventud! oh valor! oh belleza! eternas semillas de amor, de abnegacion y de heroismo! exclamó á esta sazón el del dominó azul; aquel que llega á perderos, puede decir que pierde verdaderamente la vida. La juventud es el paraíso, es el cielo, lo es todo. Lo que Dios nos da despues, no es mas que una

triste compensacion de la juventud. Una vez perdida esta, su divina Magestad prodiga sus dones á los hombres, sin duda porque cree que debe indemnizarlos. Pero nada reemplaza ¡gran Dios! los tesoros que se pierden al perder aquella.

—Tambien Gilberto hubiera pensado eso mismo que acabais de decir, exclamó Oliva; pero.... hablemos de otra cosa si os place.

—Si, hablemos de vos.

—Hablemos de lo que querais.

—Por qué os escapásteis con Beau-sire?

--Porque queria dejar á Trianon á todo trance, y para esto tenia precision de huir con uno cualquiera. Erame imposible residir alli por mas tiempo, á no ser que me hubiera resignado á que Gilberto me desdeñase mas cada dia, y á que me tratase cada vez peor.

—Diez años de fidelidad por orgullo! dijo el del dominó azul: ¡oh!

qué cara habeis pagado vuestra vanidad!

Oliva se echó á reir.

— ¡ Oh! comprendo perfectamente la causa de vuestra risa, dijo el desconocido. Si, mi querida Nicolsa, os reis de que un hombre que tiene la pretension de saberlo todo, os acuse de haber sido fiel por espacio de diez años, cuando ni por sueños pensábais en que se hubiese podido creer culpable de semejante ridiculidad. Pero no es de fidelidad material de la que yo hablaba; respecto á la fidelidad material, demasiado sé yo, pobre jóven, á qué atenerme acerca de la vuestra. Sí; ya sé que os fuisteis á Portugal con Beausire, que habeis permanecido allí dos años, que desde allí pasásteis á la India, pero no en compañía de Beausire, sino con un capitan de fragata, el cual os ocultó en su cámara, y os dejó despues olvidada en Chandernegor en el momento mismo de regresar á Europa. Sé tam-

bien que habeis tenido dos millones que gastar en casa de un ricote que os tenia encerrada bajo tres verjas, y que os escapásteis de su lado saltando por encima de ellas con ayuda de un esclavo, sobre euyos hombros os encaramásteis. Sé finalmente que considerándoos rica, puesto que os habiais traído dos magníficos diamantes, y tres gruesos rubís resolvísteis regresar á Francia, y desembarcásteis en Brest, donde vuestro maléfico génio os hizo tropezar otra vez con Beausire, el cual estuvo á punto de desmayarse al ver el color bronceado y la estremada escualidez de la pobre desterrada que regresaba á su país!

—¡ Oh! Dios mio! exclamó Oliva estupefacta; ¿quién sois, pues, para saber tales cosas?

—Sé por último, prosigió el del dominó azul, que Beausire os llevó en su compañía, que probó que os amaba, que vendió vuestra pedre-

ria, que os dejó reducida á la mayor miseria..... y para no ignorar nada, sé tambien que le amais, ó que se lo decís al menos, y que como el amor es la fuente de todas las felicidades, debeis ser por ende la muger mas feliz del mundo.

Oliva inclinó la cabeza, y ocultando su frente con las manos, dejó escapar por entre los dedos dos lágrimas, perlas líquidas mucho mas preciosas que las de sus brazaletes, pero las cuales de seguro no habia quien hubiera querido comprarlas á Beausire.

— Y sin embargo, á esta muger tan arrogante y tan dichosa, dijo al breve rato, la habeis adquirido vos esta noche por cincuenta lises.

— ¡ Oh ! Confieso que es muy poco, y estoy convencidísimo de ello; dijo el desconocido con esa gracia y esa esquisita galanteria que emplea siempre todo hombre *comme il faut* hasta

para hablar con la mas ínfima de las cortesanas.

— Al contrario, caballero; yo creo que es mucho, y puedo juraros que me ha sorprendido en extremo el que una muger como yo valiese todavia cincuenta luises.

— Valeis mucho mas, y os lo probaré á su tiempo. ¡Oh! nada me digais, porque no podeis comprenderme. Ademas..... añadió el desconocido inclinándose hácia su pareja.

— ¿Qué? preguntó Oliva.

— Que en este momento necesito que no distraigais mi atencion.

— Eso quiere decir que me calle, ¿no es verdad?

— Al contrario; es preciso ahora mas que nunca que hableis conmigo.

— ¿De qué?

— De lo que querais; de las cosas mas insustanciales del mundo si á mano viene; lo que es menester

es que finjamos á todo trance que vamos muy entretenidos.

—Está bien; no puede negarse que sois un hombre singular.

—Agarraos de mi brazo, y marchemos.

E internándose entre los grupos, Oliva iba columpiando su esbelto talle, imprimiendo á su cabeza, elegante á pesar de la capucha, y á su cuello flexible á pesar del dominó, movimientos de tanta gracia, que no podian menos de llamar la atencion de los inteligentes; porque hay que advertir, que en el baile de la ópera, y en aquel tiempo de galantes proezas, los aficionados seguian con la vista y examinaban el modo de andar de una muger, casi con tanta curiosidad como los verdaderos *sportmen* contemplan en el dia un buen caballo.

Despues de haber paseado de esta manera por espacio de algunos minutos, y habiendo intentado Oli-

va dirigir una pregunta á su acompañante, la interrumpió este diciéndole :

— ¡Silencio! ó por mejor decir, hablad cuanto querais; pero sin precisarme á que os conteste, fingiendo la voz tan bien como os sea posible, llevando erguida la cabeza, y rascándoos el cuello con vuestro abanico.

Oliva obedeció sin replicar palabra.

A esta sazón llegaron á un grupo de máscaras que exhalaban fragantes perfumes, y en el centro del cual, habia un hombre alto y de modales sueltos al par que elegantes, á quien tres compañeros suyos parecian escuchar con marcadas señales de respetuosa deferencia.

— ¿Quién es ese jóven? preguntó entonces Oliva sin poder contenerse. ¡ Oh! ¡ qué lindísimo dominó trae puesto!

— Ese jóven, respondió el desconocido, es el conde de Artois: pero, por Dios os ruego que no volvais á preguntarme nada.

En el instante mismo en que Oliva, estupefacta al oír el nombre que acababa de pronunciar el del dominó azul, alargaba la cabeza para ver mejor, y siguiendo las instrucciones que este la habia dado, vinieron á refugiarse al sitio donde se hallaban otros dos dominós, los cuales iban huyendo de un grupo de máscaras alegres y bulliciosas.

El indicado sitio venia á ser una especie de islote desierto, al cual acudian á refugiarse por intervalos los grupos de máscaras, impelidos desde el centro á la circunferencia.

— Recostaos contra ese pilar, condesa, dijo por lo bajo una voz que impresionó extraordinariamente al del dominó azul.

Y casi al mismo tiempo se acercó al oído de este, hendiendo la turba, por decirlo así, un máscara de elevada estatura, disfrazado con un dominó de color de naranja, cuyas maneras atrevidas revelaban mas bien al servidor útil que al cortesano, el cual le dijo:

— ¡El es!

— Bien está, replicó el del dominó azul, haciendo un gesto que hizo alejar al del dominó amarillo.

Y volviéndose acto continuo al oído de Oliva, añadió:

— Escuchad, amiguita; ha llegado el caso de que empecemos á divertirnos un poco.

Ya era hora, repuso esta, puesto que ya va de dos veces que no habeis hecho mas que afligirme: la primera quitándome á Beausire, el cual me hace reir siempre, y la segunda, hablándome de Gilberto, que tantas veces me hizo llorar.

—No os dé pena por eso; yo seré para vos Gilberto y Beausire á un tiempo; repuso con gravedad el del dominó azul.

— ¡Oh! exclamó Nicolasa, suspirando.

—Ya os he dicho, amiga mia, repetidas veces que mi objeto no es el que me ameis; lo que yo os pido únicamente es que os digneis recibir la vida tal como yo os la depare, ó sea, la satisfaccion de todos vuestros caprichos, con la sola condicion de que os presteis de vez en cuando á satisfacer alguno de los míos; de consiguiente, voy á deciros uno que acaba de ocurrirme en este instante.

— ¿Cuál?

—Ese del dominó negro, que está ahí, es un aleman amigo mio.

— ¡Ah!

—Un bribon que se ha negado á venir esta noche conmigo al bai-

le, bajo pretesto de que tenia jaqueca.

—Y al cual, apostaria cualquier cosa, á que le habeis dicho vos tambien que no vendriais.

—Precisamente.

—¿No trae del brazo una muger?

—Sí.

—¿Quién es?

—No la conozco; pero ahora mismo vamos á acercarnos á ellos, ¿no es verdad? Fingireis que sois alemana, y para que no conozcan vuestro acento de parisiense legitima, no pronunciareis ni una palabra siquiera.

—Muy bien; y entre tanto ¿les dareis vos un bromazo de los buenos?

—¡Os prometo que no será flojo! Ea pues, empezar por señálmelos con el extremo del abanico.

—¿Para qué?

—Haced lo que os digo, y figurad que decís al oído alguna cosa.

Oliva obedeció con una docilidad y una inteligencia que complacieron extraordinariamente á su compañero.

El del dominó negro, objeto de esta demostracion, tenia la espalda vuelta á la sala, y estaba hablando con su pareja, cuyos ojos brillaban como dos estrellas al través de los agujeros de la máscara, y la cual exclamó por lo bajo al notar el gesto de Oliva:

— ¡Mirad, monseñor, mirad! Allí hay dos máscaras que á no dudarlo están hablando de nosotros.

— ¡Bah! nada temais, condesa; es imposible que nos hayan conocido; de consiguiente, y puesto que ya nos hallamos en camino de perdicion, permitidme que os repita que no hay talle alguno tan esbelto como el vuestro, ni miradas tan seductoras y tan ardientes como las

que vuestros ojos despiden: permitidme tambien que os diga...

—Todo lo que se dice al abrigo de una máscara.

—No, condesa; todo lo que se siente...

—No prosigais, porque os condenariais sin remedio... y lo que seria mas peligroso aun, podrian oirnos nuestros dos espías.

—¡Dos espías! exclamó el Cardenal conmoviéndose.

—Sí, monseñor, miradlas; por lo visto acaban de tomar una resolucion, y ya se acercan hácia nosotros.

—Fingid bien vuestra voz, condesa, si es que os obligan á hablar.

—Procurad vos hacer lo mismo, monseñor.

Oliva y el del dominó azul iban acercándose en efecto.

—¡Máscara! gritó este dirigiéndose al Cardenal.

Y acto continuo hizo ademán de pronunciar algunas palabras al oído de Oliva, la cual contestó haciendo un signo afirmativo.

—¿Qué te ocurre? preguntó el Cardenal disfrazando la voz.

—Esta señora que viene conmigo, respondió el del dominó azul, se ha empeñado en que te dirija una porción de preguntas á nombre suyo.

—Sea, con tal de que despaches pronto; dijo M. de Rohan.

—Y con tal de que sean muy indiscretas, añadió Mad. de La Motte con voz atiplada.

—Lo son en tales términos, replicó el del dominó azul, que tú no las oirás, curiosa.

E inclinándose nuevamente al oído de Oliva la cual representaba su papel de una manera admirable, se volvió al breve rato hácia el príncipe, y le hizo en el mas correcto alemán la siguiente pregunta, como si realmente se la trasmitiese de ór-

den de aquella.

— ¡ Monseñor ! ¿ estais enamorado acaso de la muger que viene con V. E. ?

— ¡ Cómo ! exclamó el Cardenal estremeciéndose ; ¿ habeis dicho monseñor ?

— Sí.

— Entonces os habeis equivocado de medio á medio , y de seguro no soy el que vos creeis.

— ¡ Oh ! Es inútil que lo negueis , señor Cardenal ; porque aun cuando yo no os conociera , la dama que viene conmigo os conoce perfectamente , y me encarga que os lo diga asi.

Y volviéndose hácia Oliva , le dijo en voz apenas intelijible :

— Haced ahora un signo afirmativo que repetireis siempre que yo os priete el brazo.

Oliva hizo la señal indicada.

— Confieso que me sorprende lo que acabais de decirme , repuso el

Cardenal enteramente desorientado; pero... ¿quién es la dama que viene con vos?

— ¡Oh! monseñor, ¡yo creía que la habíais conocido ya! ella por su parte os ha reconocido al vuelo; desde el instante mismo en que os descubrió: verdad es que los celos...

— ¡Pues qué! ¿está celosa, por ventura de mí esta señora? exclamó el Cardenal.

— ¡Yo no le dicho semejante cosa! repuso el desconocido con ademán un sí es no es altanero.

— ¿De qué os está hablando? preguntó á esta sazón Mad. de La Motte, á quien este dialogo aleman é ininteligible (por lo tanto para ella, tenia disgustada en grado heróico y eminente.

— De nada; de una tontería.

Mad. de La Motte dió en el suelo una patada de impaciencia.

— Diguaos, señora, prosiguió el Cardenal dirigiéndose á Oliva, pro-

nunciar aun cuando no sea mas que una palabra tan solo, y os prometo adivinar quien sois.

Mr. de Rohan dijo esto en lengua alemana; y como Oliva no comprendía ni una palabra de este idioma, hizo como que hablaba al oido del dominó azul.

— ¡Oh! por Dios, señora, no hagais tal! exclamó este; ¡no despeguéis por Dios vuestros lábios!

Este misterio picó vivamente la curiosidad del Cardenal, el cual añadió en seguida:

— ¡Cómo! yo creo que una sola palabra, y pronunciada en lengua alemana, no comprometería gran cosa á esta señora.

El del dominó azul replicó despues de aparentar que habia consultado á Oliva:

— Señor Cardenal, escuchad las propias palabras que acaba de decirme mi pareja. Aquel cuyo pensamiento no está constantemente alerta,

y en cuya imaginacion no reside perpétuamente el objeto amado, no ama; y si digese lo contrario lo diria sin razon.

El sentido de estas palabras pareció producir un grande efecto en el Cardenal, cuya actitud revelaba en aquel instante la sorpresa, el respeto y la exaltacion del rendimiento.

En seguida murmuró en francés, y dejando caer los brazos lánguidamente:

—¡ Es imposible !

—¿ Como imposible? exclamó Mad. de La Motte, apoderándose con avidéz de estas dos palabras, las únicas que se le habian escapado en toda la conversacion.

—No hagais caso, señora; ya os he dicho que hablamos de cosas insignificantes.

—Perdonad, monseñor, repuso Juana con evidentes señales de despecho, si mal no presumo, creo que

me estais haciendo representar un triste papel.

Y aun cuando soltó el brazo del Cardenal, este no solo no volvió á dárselo, pero ni aun aparentó que habia hecho alto en ello; tanta era su atencion y solicitud hácia la dama alemana.

— Dignaos, señora, manifestarme, dijo M. de Rohan á esta última, la cual permanecia erguida é inmóvil detras de su muralla de raso, si son las palabras que acaba de pronunciar este caballero en vuestro nombre, parte de unos versos alemanes que leí en cierta casa, que quizás conoceis.

El desconocido apretó ligeramente el brazo de Oliva, la cual contestó afirmativamente al príncipe, haciendo una señal con la cabeza.

— ¡Y esa casa, prosiguió el Cardenal, á quien la contestacion de Oliva habia causado un visible estremecimiento; esa casa, repitió con

ademan vacilante, se llamaba acaso Schœnbrun?

—Sí, dijo Oliva haciendo la misma señal.

—Y las palabras á que me refiero ¿no fueron escritas con un punzon de oro por una mano augusta sobre una mesa de cerezo?

—Sí, repitió Oliva.

El Cardenal hizo alto aquí, porque acababa de operarse en él una especie de revolucion, la cual le obligó á tambalearse y á estender la mano buscando un punto de apoyo.

Mad. de La Motte se hallaba á dos pasos de distancia acechando el resultado de esta estraña escena.

El príncipe de Rohan | dijo, poniendo su brazo sobre el del dominó azul:

—Hé aqui la continuacion de los versos...

«Pero aquel que ve por todas partes al objeto amado, que lo adivina en una flor, en un perfume, y

bajo velos impenetrables, este puede callar, porque su voz está encerrada en el corazón, y le basta que haya otro que la oiga, para que se contemple feliz.»

— ¡Calla! si mal no he oído, también hay por aquí quien hable alemán! dijo á esta sazón una voz juvenil y fresca la cual partía de un grupo que acababa de acercarse al sitio donde se hallaban el Cardenal y el del dominó azul. Veamos, mariscal, prosiguió la voz, ¿entendeis algo de ése idioma?

— No, monseñor.

— ¿Y vos, Charny?

— Un poco, serenísimo señor.

— ¡Es el conde de Artois! exclamó Oliva estrechándose contra el del dominó azul, al ver que los cuatro máscaras acababan de circundarla azas caballerescamente.

A esta sazón la orquesta dió principio á una sonata estrepitosa, y el polvo del pavimento, así como el

de los tocados, empezaron á subir convertidos en una nube, la cual se elevaba por encima de las brillantes arañas, cuya luz doraba aquella niebla de ámbar y rosa.

Un movimiento que hicieron entonces las máscaras, abligó á las tres que rodeaban á Oliva y al del dominó azul á chocarse con estos.

— ¡Mirad lo que haceis, caballeros! dijo el último con cierto tono de autoridad.

— Ya supondreis, repuso el príncipe, el cual proseguia con la careta puesta, que nosotros no tenemos la culpa de eso, puesto que nos ha empujado la multitud. Dignaos admitir nuestra legítima disculpa, añadió dirigiéndose á las damas.

— ¡Oh! marchémonos, señor Cardenal; salgamos de aquí! dijo en voz baja Mad. de La Motte.

Una mano invisible que tiró en

aquel momento del capuchon de Oliva, y la cual consiguió romper las cintas de su careta, hizo que las facciones de la jóven apareciesen durante un segundo en la penumbra de la primera galería situada sobre el patio.

Al notar este incidente, el del dominó azul dió un grito que revelaba una inquietud afectada: Oliva dejó escapar un grito de espanto.

A esta doble exclamacion siguieron otros tres ó cuatro gritos de sorpresa.

El Cardenal estuvo á punto de caer desmayado. Hay quien presume, no obstante, que si hubiera llegado á verificarlo, hubiera caido de rodillas. Mad. de la Motte lo sostuvo afortunadamente.

Una oleada de máscaras impelidas por la corriente, acababa de separar al conde de Artois del Cardenal y de Mad. de La Motte.

El del dominó azul, que habia

vuelto á alzar el capuchon de Oliva y á ponerle la carreta con la rapidez del relámpago, se acercó al Cardenal y le dijo estrechándole la mano:

—Monseñor, acaba de suceder una desgracia irreparable; el honor de esta dama ha quedado á merced de vuestra eminencia.

— ¡ Oh caballero !... exclamó el príncipe Luis inclinándose.

Y en seguida se pasó por la frente, bañada en sudor, un pañuelo que se veia temblar en su mano.

— Partamos al punto, dijo entonces Oliva al del dominó azul.

Y á los pocos instantes habian ya desaparecido del salon.

— ¡ Ah ! dijo entonces para sí Mad. de La Motte; ahora comprendo lo que el Cardenal creia *imposible*; á no dudarlo, ha creido que esa muger era la Reyna, y hé aquí el efecto que ha producido en él tan extraordinaria semejanza. Bueno! esta es

otra de las observaciones que debo conservar en la memoria.

— Cuando querais, condesa, podremos dejar el baile; dijo el Cardenal con voz débil.

— Estoy enteramente á vuestras órdenes, monseñor; dijo Juana con la mayor tranquilidad.

— En mi concepto, poco interés ofrece esto ya; ¿qué os parece?

— Opino lo mismo.

Y abriéndose asaz penosamente un camino por entre aquella multitud de máscaras, echaron á andar en direccion de la puerta de salida.

El Cardenal, que era de elevada talla, lanzaba por todas partes, durante el tránsito, miradas investigadoras para ver si alcanzaba á descubrir la desaparecida vision.

Pero desgraciadamente sus ojos tropezaron con una porcion de dominós azules, encarnados, amarillos, verdes y de todos colores, que se

agitaban á su vista entre aquel vapor luminoso, y los cuales se confundian como los colores del prisma. De lejos todo era azul para el pobre señor; de cerca no logró encontrar ni un dominó siquiera de este color.

De este modo caminó por entre aquella muchedumbre hasta llegar á donde estaba el carruaje en que habian venido él y su compañera.

Metiéronse ambos en él, y á los cinco minutos de haber echado á andar, aun no habia dirigido el prelado á la pobre Juana una palabra siquiera.

SAPHO.

Pero Mad. de La Motte que no tenia motivos para hallarse tan mediatubunda como el Cardenal, ó que no se olvidaba tan fácilmente de sí misma, creyó que debía llamar la atención de su eminencia, y le dijo sacándole de la distraccion en que iba abismado:

— ¿ A dónde me conduce este coche?

— ¡Nada temais, condesa! exclamó el Cardenal; habeis venido en él desde vuestra casa, y nada hay por lo tanto mas natural que en él regreseis á ella.

— ¡A mi casa ¿ á cuál ? ¿ á la del arrabal ?

— Sí, condesa..... Y á fé que es asaz mezquina para alojar tantos encantos.

Y al pronunciar estas palabras asió la mano de Mad. de La Motte, y estampó en ella un galante beso.

El carruage acababa de parar entonces á la puerta de la casita, donde iban á encerrarse tantos encantos.

Juana saltó ligeramente del coche, y el Cardenal se preparaba á imitarla, cuando le detuvo aquella diciéndole :

— No os tomeis esa molestia, monseñor.

— ¡Cómo ! ¿ podriais creer que fue-

se molestia para mí el pasar algunas horas á vuestro lado?

—Pero ¿cómo nos compondríamos entonces para dormir, monseñor? repuso Juana.

—Perdonad, condesa; pero si no estoy equivocado, creo que no han de faltar dormitorios en vuestra casa.

—Para mí no diré que no; pero para vuestra eminencia.....

—¿Para mí no?

—Para vuestra eminencia todavía no; repuso Mad. de La Motte con una gracia y una sonrisa tan picante, que sus palabras casi equivalían á una promesa.

—En ese caso quedaos con Dios, condesa; dijo el Cardenal tan vivamente picado por esta broma, que olvidó por un momento la escena del baile.

—Hasta la vista, monseñor.

—Asi como asi, dijo el Cardenal cuando echó á andar el carrua-

ge, casi debo darme el parabien de esto.

Juana entró sola en su nueva morada, y hallando en el vestíbulo seis lacayos colocados en correcta formacion, y cuyo sueño habia interrumpido sin duda el aldabon de la puerta de la calle, los miró con ese aire de reposada superioridad que la fortuna no suele conceder á todos los ricos, y les dijo:

—¿Y mis doncellas?

—En el salon aguardan dos á la señora; contestó uno de aquellos adelantándose con marcadas señales de respeto.

—Id á decirles que vengan.

El criado se apresuró á ejecutar esta órden, y algunos minutos despues se presentaron aquellas.

—¿Adónde habeis dormido hasta ahora? les preguntó Juana.

—Lo que es hasta ahora..... repuso la de mas edad, nadie nos ha designado habitacion; esperamos para

ello las órdenes de la señora.

— ¿Y las llaves de los aposentos ?

— Aquí las teneis, señora.

— Bien está; por esta noche dormireis fuera de la casa.

Las dos criadas dirigieron á su ama una mirada de sorpresa.

— ¿No teneis, por ventura, ninguna casa donde ir á dormir ?

— Sí que tenemos, señora; aunque, á decir verdad, es ya un poco tarde; con todo, si la señora se empeña en quedarse sola.....

— Sí; estos os acompañarán; añadió la condesa despidiendo á los seis lacayos; los cuales escucharon esta orden con mucha mas satisfaccion aun que las dos criadas.

— Y.... ¿ cuándo volveremos ? preguntó uno de ellos con timidez.

— Mañana á medio dia.

Los ocho criados se miraron unos á otros durante un momento; pero volviendo en sí al punto, merced

á una mirada imperiosa de Juana, se dirigieron acto continuo hácia la puerta.

Mad. de La Motte fue detrás, los echó á la calle, y les preguntó antes de cerrar la puerta:

—¿Queda alguno en la casa?

—Nadie absolutamente; de modo que es imposible que la señora se quede tan abandonada; permitid por lo tanto que os haga compañía una de vuestras doncellas, la cual puede dormir, si os place, en una antesala, en la cocina, ó en donde vos querias.

—Por esta noche no necesito de nadie.

—Reflexionad, sin embargo, que puede prenderse fuego, que se ponga mala la señora...

—Buenas noches, hasta mañana.

Y tirándoles el bolsillo un momento entes de cerrar la puerta, añadió:

—Tomad eso; ahí teneis para celebrar la entrada á mi servicio.

Un murmullo de alegría, y un *gracias, señora*, manifestado con ese acento peculiar de los criados de buenas casas, fue la única respuesta, la palabra última que pronunciaron los lacayos. En seguida, y despues de saludar profundamente á Mad. de La Motte, desaparecieron todos.

Juana les oyó desde la parte de adentro, que iban diciéndose unos á otros: «La suerte acaba de deparrarnos una ama caprichosa.»

Cuando el ruido de los pasos y de las voces se fue amortiguando por la distancia, Juana echó los cerrojos y dijo con aire de triunfo:

—Sola! ¡estoy sola, y en mi casa!

Y cogiendo un candelabro de tres bujías que daba luz al vestíbulo cerró asimismo con cerrojo la maciza

puerta de la antecámara.

Entonces dió principio una singular y silenciosa escena, la cual no hubiera podido menos de interesar vivamente á cualquiera de esos espectadores nocturnos, á quienes las ficciones de los poetas representan cerniéndose sobre las ciudades y los palacios.

Juana recorría sus estados, é iba admirando pieza por pieza todas cuantas tenía aquella casa, cuyos menores detalles adquirían á sus ojos un valor inmenso desde que el egoismo de la propietaria había sucedido á la curiosidad de la muger indiferente.

El piso bajo, entarimado todo él, y cubiertas las paredes de madera, contenía la sala de baño, las cocinas, los comedores, y tres salones y dos gabinetes principales.

El mueblaje de estas vastas habitaciones no era ciertamente tan rico como el de la Guimard, ni tan

alegante como el de las amigas de M. de Soubise; pero en cambio revelaba ese lujo peculiar de los grandes señores; ese lujo que no data del día antes: circunstancia que agradó á Mad. de La Motte, á quien seguramente no hubiese parecido tan bien la casa, si hubiese sido alhajada la víspera expreso para ella.

Todas aquellas preciosidades antiguas, que desdeñaban las mugeres á la moda; aquellos muebles de ébano tan admirablemente esculpidos; aquellas arañas de gargantillas de cristal, cuyos dorados extremos lanzaban del seno de sus bujías de color de rosa, brillantes rayos de luz; aquellos góticos relojes obras maestras de esmalte y de cincel; aquellas mamparas bordadas de figuras chinas; aquellos enormes jarrones de china repletos de flores raras; y aquellas sobre-puertas, en fin, tan admirablemente pintadas

por Boucher ó por Watteau, abismaban á la nueva propietaria en deliciosos éstasis.

Aquí y sobre una chimenea habia dos tritones dorados sosteniendo unas gavillas de coral, en cuyos extremos se veian agrupados como los granos en las espigas, todos los caprichos de la joyería de la época.

Mas allá, y sobre una consola de mármol blanco con los extremos de madera dorada, llamaba la atención un enorme elefante de Celadon con las orejas cargadas de arracadas de zafiro, y el cual tenia encima una torre llena de perfumes y de frascos de esencias.

En una habitacion veíanse varios estantes de palo de rosa adornados con arabescos de oro, y los cuales contenian libros para el recreo del bello sexo.

En otra, ó mas bien en un saloncillo de jaspe y oro, cada uno

de cuyos paneles era un cuadro de figura oblonga pintado por Vernet ó por Greuse, se atraía las miradas de todos una magnífica tapicería de los Gobelins obra admirable de arte y de paciencia, la cual habia costado al pie de fábrica cien mil libras. El gabinete de trabajo estaba lleno tambien de los mejores retratos de Chardin, y de las mas preciosas obras de barro cocido de Clodion.

Todo indicaba allí por último, mas bien que la celeridad que emplea para satisfacer sus caprichos ó los de su querida aquel que se encuentra rico de la noche á la mañana, el trabajo largo y concienzudo de esos ricos seculares que pasan su vida amontonando sobre los tesoros que heredaron de sus padres nuevos tesoros para sus hijos.

Juana examinó el conjunto en primer lugar, despues fue contan-

do las piezas una por una, y acabó por contemplar hasta los más minuciosos detalles.

Pero como la incomodase el dominó y las ballenas del corsé que oprimian su talle, se entró en su dormitorio, se desnudó rápidamente y se puso en segnida un peinador de seda entretelado.

De este modo, ébria de regocijo, medio cubierta su desnudez con el raso que acariciaba su seno y su talle, y dejando entrever su fina y nerviosa pierna, la cual se dibujaba perfectamente en los pliegues de su corto traje, subió animosamente las escaleras, llevando una luz en la mano.

Familiarizada con la soledad, y segura de que no tenía por qué temer ni aun las miradas de un criado, iba saltando de habitacion en habitacion, sin cuidarse de impedir que el viento que soplaba por debajo de las puertas hiciese flotar

su fino peinador de batista, el cual se alzaba diez veces en diez minutos sobre sus encantadoras rodillas.

Así que se consumió la tercera parte de la bugia en estas escursiones, volvió jadeante de satisfacción á su dormitorio, cuyas paredes estaban vestidas de raso azul sembrado de grandes y caprichosas flores.

Juana lo habia visto y contado todo; sus miradas y su mano habian acariciado cuantos objetos encerraba la casita, y no quedándole ya nada que hacer fue á caer al corto rato, inanimada y enteramente dormida, sobre el lecho, cuyas cortinas se corrieron detrás de ella.

La bugía lanzó un débil rayo de luz desde lo alto de una cascada de cera líquida, y en seguida exhaló su último perfume con su última claridad.

LA ACADEMIA DE MR. DE BEAUSIRE.

Beausire, habia tomado al pie de la letra el consejo de el del dominó azul, y se habia dirigido presuroso á lo que aquel llamaba su Academia.

El digno amigo de Oliva, engolosinado con la enorme suma de dos millones, lamentaba doblemente la exclusion que en cierto modo habian hecho de él sus colegas al dejar

de comunicarle un plan tan ventajoso.

Sabia tambien que los escrúpulos no eran el flanco de los académicos, y esta era una razon mas para que se diera prisa á incorporarse con sus compañeros: ademas si los ausentes no libran bien cuando lo están por efecto de la casualidad, libran peor todavia cuando los demas se aprovechan de su ausencia.

Beausire, habia sabido formarse entre los sócios de la Academia cierta reputacion de hombre terrible, lo cual nada tenia de difícil ni sorprendente, si se considera que el amante de Oliva habia sido exento de guardias, habia vestido el uniforme, y sabia llevarse con gran fachenda una mano á la cadera, y la otra sobre la guarnicion de la espada. Ademas tenia la costumbre de echarse el sombrero sobre los ojos á media palabra que le dirigieran, y estos modales de jaqueton, que imponian re-

gularmente á aquellos cuyo valor calzaba algunos puntos, eran mucho mas temibles todavia para aquellos á quienes disgustaba el estrépito de un duelo ó la curiosidad de la justicia.

Deseando, pues, vengarse de este desden, Beausire resolvió dar un mal rato á sus compañeros de garito de la calle del Pont^{de} Fer, para lo cual, y teniendo en cuenta que la distancia que hay desde la Porte-Saint-Martin á la iglesia de Saint-Sulpice, era demasiado larga, y que su bolsillo se hallaba provisto regulamente, se metió en un carruage de alquiler, y prometió cincuenta sueldos al cochero, ó sea la gratificacion de una libra, si hacia andar ligeros á sus caballos.

Los caballos partieron rápidamente y Beausire llegó en corto rato á la puerta del garito, en donde suplió con ademanes coléricos la falta del

sombrero que no podia echarse sobre los ojos por la sencilla razon que lo habia reemplazado con el dominó; en quanto á la espada procuró tambien compensar la falta de ella, dando á su semblante una expresion capaz de meter miedo á todo aquel que circula por las calles á una hora avanzada de la noche.

Su entrada en la Academia produjo cierta sensacion.

En el primer salon de la casa donde aquella celebraba sus sesiones, y en el cual habia profusion de luces y de mesas de juego, veíanse unos veinte jugadores que bebian cerveza y vasos de refresco, y los cuales sonreian y galanteaban á su modo á siete ú ocho mugeres grotescamente acicaladas, que miraban con avidez los naipes.

En la mesa principal jugaban á Faraon; las apuestas eran de corta cantidad, y la animacion de los concurrentes estaba en proporcion

de las apuestas.

A la llegada de el del dominó, cuyo capuchon crugia al menor de sus ademanes, algunas de las damas empezaron á aplaudir con gestos entre burlones y zalameros. Mr. Beausire, era bastante buena figura, y aquellas damas no le hician ascos. Sin embargo avanzó como si nada hubiese visto ni oido, y asi que se halló junto á la mesa, aguardó á que le digeran algo sobre el mal humor que revelaba su semblante.

Uno de los jugadores, especie de antiguo financiero equívoco, cuya fisonomía no carecia de cierto aire de bondad, fue el primero que se atrevió á dirigir la palabra á Beausire.

— Observo, caballero, le dijo, que venis del baile con bastante mal humor.

— Es verdad, añadieron las damas.

—Acaso, querido, os hace daño el dominó en la cabeza? le preguntó otro de los jugadores.

—No es el dominó lo que me hace daño, respondió Beausire con dureza.

—¡Bah! exclamó el banquero recogiendo como una docena de luises que acababa de ganar en aquel instante; lo que tiene el caballero Beausire, es que nos habrá hecho una infidelidad: ¿no estais viendo que viene del magnífico baile de la ópera? Pues bien; le habrá caído por allí algo que hacer, y quizás no le haya salido la cuenta.

Los jugadores se rieron ó se compadecieron, siguiendo cada cual el impulso de su carácter, las damas tuvieron compasion.

—¡Yo soy incapaz de hacer una infidelidad á mis amigos! replicó Beausire; eso se queda bueno para ciertas personas á quienes yo conozco.

Y queriendo dar mas autoridad á sus palabras, trató de recurrir á la accion, ó lo que es lo mismo, hizo ademan de echarse mano á la cabeza para meterse el sombrero hasta los ojos. Pero desgraciadamente no traia en ella mas que un pedazo de seda que prolongaba su estatura de una manera ridícula, y su ademan en vez de producir un efecto sério produjo por el contrario un efecto cómico.

—¿Qué quereis decir, mi querido caballero? preguntaron simultáneamente dos ó tres sócios.

—Bien sé lo que me digo, respondió Beausire.

—Pero eso no basta para que os comprendamos, repuso el anciano que le habia dirigido el primero la palabra.

—No es á vos á quien yo aludo, señor hacendista, replicó imprudentemente Beausire, á quien una expresiva mirada del banquero advir-

tió de que acababa de cometer una majaderia. En efecto; en aquel sitio no se debia hacer distincion entre los que pagaban y los que se embolsaban el dinero.

—Yo estaba creido en que tenia amigos aquí, añadió en seguida.

—Pero.... ¿quién dice lo contrario? respondieron á un tiempo varias voces.

—Repito que estaba creido en que tenia amigos; pero me he engañado.

—¿Por qué?

—Porque veo que se hacen muchas cosas sin darme cuenta de ellas.

El banquero hizo nuevas señas y todos los demas sócios que se hallaban presentes hicieron nuevas protestas.

—Pero afortunadamente ha llegado á mi noticia, prosigió Beausi-re, y los falsos amigos serán castigados.

Y echando mano en busca de la

espada, tropezó con el bolsillo de los calzones el cual estaba lleno de luises, y produjo un sonido delator.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamaron entonces dos de las damas; Mr. de Beausire viene esta noche muy bien pertrechado.

— Cierto que sí, repitió el banquero con sorna; y aun cuando antes he dicho que quizás le habria salido mal la cuenta, parece me que si ha sido así, no lo ha perdido todo, y que si real y efectivamente ha hecho una infidelidad á sus amigos legítimos, no ha sido una infidelidad sin consecuencia. Vamos, caballero, apuntad.

— ¡ Gracias! repuso secamente Beausire; ya que aqui se guarda cada uno lo que tiene, quiero hacer otro tanto.

— ¿ Pero qué mil diablos estás ahí diciendo? le preguntó al oido uno de los jugadores.

— Ahora entraremos en esplicaciones.

— Vamos, caballeros: ¡á jugar! ¡á jugar! exclamó el banquero.

— Apuntad aun cuando nó sea mas que un luis, dijo una de las damas á Beausire dándole una palmadita en el hombro, y procurando apróximarse todo lo posible á su bolsillo.

— Yo no juego mas que millones, repuso Beausire con tono audaz; y á fe mia que no concibo cómo es que se juegan aqui miserables luises!.... Sí: millones, vamos, caballeros del Pont-de-Fer, puesto que se trata de millones, sin dar de ello conocimiento á los demas, no es cosa de que vuelva á hacerse el punto de un luis! ¡Jugad millones, millonarios!

Beausire se hallaba ya en uno de esos momentos de exaltacion, y la embriaguez que de sus sentidos se habia apoderado, era mucho mas peligrosa que la del vino, pero habiendo

recibido en el momento de proseguir un golpe azaz violento que le aplicaron por detrás en las piernas, se interrumpió repentinamente, y volviendo la cabeza, vió á su espalda un semblante moreno, pecoso de viruelas, y en el cual brillaban dos ojos negros como dos carbones encendidos.

Este personaje extraño contestó al gesto de cólera que hizo Beausire al volverse, con un saludo cortés, acompañado de una mirada larga como un espeton.

— ¡ El portugués ! exclamó Beausire estupefacto, al verse saludado de aquella manera por un hombre que acababa de aplicarle tan fuerte tarascada.

— ¡ El portugués ! repitieron las damas, abandonando á Beausire para ir á hacer zalamerías al extranjero.

Este portugués era en efecto el niño mimado de aquellas damas, á

quienes, bajo el pretesto de que no sabia hablar francés, les traia con frecuencia dulces, los cuales se los daba de vez en cuando envueltos en billetes de banco de cincuenta y sesenta libras.

Beausire lo conocía, porque era uno de los socios. El portugués perdía siempre con los concurrentes al garito: calculaba sus gastos en unos cien lises por semana, y regularmente solia dejárselos entre los jugadores.

Era, en una palabra, el anzuelo de la sociedad, puesto que mientras se dejaba quitar las cien plumas doradas, sus consocios desplumaban á los jugadores engolosinados.

Escusado es decir por lo tanto, que el portugués era considerado por sus colegas como el hombre útil, y por los concurrentes como el hombre mas amable. Beausire mismo manifestaba hácia él esa deferencia que se tiene siempre hácia aquel á quien

no conocemos bien, acompañada de cierta desconfianza.

Así es, que después de haber recibido el puntapie que el portugués acababa de aplicarle en las pantorrillas, se decidió á esperar, á callar, y á tomar asiento.

El portugués se sentó también á la mesa, puso sobre ella veinte luises, y en veinte tallas, que durarian á lo sumo un cuarto de hora, se los ganaron seis puntos hambrientos á quienes dejaron libres por un instante las uñas del banquero y de sus colegas.

El reloj dió las tres de la mañana, y Beausire se echó á pechos al último vaso de cerveza.

A esta hora entraron dos lacayos, y el banquero metió el dinero en el cajón de la mesa; porque los estatutos de la sociedad demostraban que era tal la confianza recíproca que se inspiraban los socios,

que á ninguno de ellos se le otorgaba el manejo completo de los fondos de aquella.

El dinero caía, pues, en el cajon de la mesa por una pequeña trampa que se abria en la misma al concluirse le sesion, y á este artículo de los estatutos seguia otro que prohibia al banquero el uso de las mangas largas, asi como el llevar dinero encima.

El objeto de este artículo era impedir que el banquero se metiese entre la manga una veintena de luises, y al efecto se reservaba la asamblea el derecho de registrarle, para sacarle el oro que hubiese hecho pasar desde la mesa á los bolsillos.

Hemos dicho que entraron en la pieza de juego dos lacayos, los cuales llevaban á los concurrentes las espadas, las capas, y los demas abrigos: algunos de los jugadores afortunados dieron en seguida

el brazo á las damas, mientras que aquellos á quienes la desgracia habia perseguido, se metieron en sillas de manos, vehiculos que aun estaban en moda en aquella época, especialmente en los barrios escéntricos. La sala de juego quedó enteramente á oscuras. Hasta el mismo Beausire se embozó con su dominó como si se preparara para hacer un viaje eterno; pero no pasó del piso que daba á la calle, y en el instante mismo que se cerró la puerta, y mientras que los carruages de alquiler, las sillas de manos, y los que iban á pie se fueron marchando en diferentes direcciones, regresó al salon, en el cual acababan de penetrar tambien los demas socios.

—Al fin llegó la hora de que nos espliquemos; dijo Beausire.

—Encended ese quinqué, y no habéis tan alto, le dijo con frialdad y en el francés mas correcto el

sócio á quien apellidaban en portugués, el cual agarró tambien para encenderla una bugía que estaba sobre la mesa.

Beausire murmuró algunas palabras, en las cuales nadie hizo alto, y el portugués tomó asiento en el sitio del banquero. Los demas sócios miraron si las ventanas, las cortinas y las puertas estaban bien cerradas, en seguida se sentaron tambien al rededor de la mesa, apoyaron los codos sobre el tapete, y manifestaron en los semblantes una curiosidad devoradora.

—Tengo que haceros una comunicacion, dijo el portugués: afortunadamente he llegado á buen tiempo, porque M. de Beausire sentia por lo visto esta noche una comezon en la lengua...

Beausire iba á replicar con ademán colérico, pero le interrumpió el portugués diciéndole:

— ¡Haya paz, y no gastemos el

tiempo en balde! Habeis pronunciado antes algunas palabras mas que imprudentes, las cuales revelan sin embargo que teneis conocimiento de mi idea; me felicito por ello, porque el haberla adivinado denota que teneis talento y capacidad; pero pudiérais haber tenido presente, no obstante, que el amor propio debe posponerse siempre al interés.

—No os comprendo, dijo Beausire.

—Ni nosotros tampoco, añadieron los demas individuos de aquella respetable asamblea.

—Si tal; repuso el portugués; Mr. Beausire ha querido probar que ha sido el primero en dar con el negocio.

—¿Qué negocio? preguntaron los interesados.

—Con el negocio de los dos millones! exclamó Beausire enfáticamente.

—¿Dos millones! repitieron los

sócios.

—Creo que exagerais la cantidad, Mr. Beausire; prosiguió el portugués: yo estoy casi seguro de que es imposible que suba á tanto, y voy á probarlo sobre la marcha.

—¡Ninguno de los presentes, á escepcion de vosotros dos, sabe de lo que quereis hablar! dijo el banquero.

—Es cierto; pero no por eso dejamos de abrir un palmo de oído, añadió otro.

—Hablad vos primero, dijo Beausire al portugués.

—No tengo inconveniente.

Y despues de tirarse al colete un vaso de agua mezclada con jarabe de orchata, que se bebió tranquilamente y sin que se alterára lo mas mínimo su frío aspecto, añadió:

—Sabed, pues, que el collar no vale mas de un millon y quinientas mil libras.

— ¡Ah! ¡conque es decir que se trata de un collar! exclamó Beau-sire.

— Pues que, ¿no era ese por ventura el negocio á que aludiais?

— Tal vez.

— Apostamos á que va á echárnosla ahora de discreto, despues de haber estado á punto de cometer tan garrafal imprudencia! dijo el portugués encogiéndose de hombros.

— Veo con sentimiento que vais tomando un tono que me desagradada alta y poderosamente, dijo Beau-sire con el acento de un gallo dispuesto á levantarse sobre sus espaldas.

— ¡Bah! repuso el portugués tan imperturbable y frio como el mármol; dejadme decir cuanto tengo que decir, y hablad despues cuanto os acomode; pero lo que es ahora tened presente que el tiem-

po urge, puesto que el embajador estará aquí dentro de ocho días, lo mas tarde.

—La cosa se va complicando, dijo para sí la asamblea, cuyo interés crecía por momentos: un collar... un millon quinientas mil libras..... un embajador..... ¿qué diablo sera ello?

—Voy á deciroslo todo en dos palabras, repuso el portugués; MM. Bøhemer y Bossange han presentado á la Reyna un collar que vale un millon quinientas mil libras, y la Reyna lo ha rehusado. Los joyeros no saben ahora qué hacer de él, y se ven muy apurados; porque una alhaja de semejante valor solo puede estar al alcance de una fortuna verdaderamente régia: ¡pues bien! yo he encontrado la régia persona que ha de comprar el collar, y de consiguiente saldrá de la arca de hierro donde lo tienen guardado los señores Bøhemer y

Bossange.

—Y esa régia persona..... digeron los sócios.

—Esa régia persona, prosiguió el portugués, es mi graciosa soberana, la Reyna de Portugal.

Y el portugués se engalló en tales términos al pronunciar estas palabras, que *reventaba de fuerte*.

—Pues señor, ¡ahora lo comprendemos menos que nunca! exclamaron los académicos.

—Confieso que me sucede otro tanto; se dijo interiormente Beau-sire.

Acto continuo prosiguió en voz alta:

—Vamos, esplicaos clara y terminantemente, mi querido Manuel; los resentimientos particulares deben ceder ante el interés público: ademas sois el padre de la idea, y yo me complazco en reconocerlo y en decirlo así con franqueza. Hacednos,

pues, el obsequio de ser esplicito por el amor de Dios, y en gracia siquiera de la buena fé con que yo renuncio á todo derecho de paternidad.

— ¡Enhorabuena! exclamó Manuel volviendo á echarse á pechos un estanque de orchata. Voy á poner la cuestion clara como la luz del dia.

— Por de pronto, ya sabemos que existe un collar que vale un millon quinientas mil libras; hé aqui uno de los puntos mas importantes, dijo el banquero.

— Y que este collar se halla guardado en el arca de MM. Bøehemer y Bossange, prosiguió Beausire. Este es otro de los puntos principales.

— Pero don Manuel ha dicho que S. M. la Reyna de Portugal iba á comprar esa alhaja, y eso es precisamente lo que nos desorienta.

— Sin embargo, es lo mas claro

del mundo, y se entenderá perfectamente con solo parar la atención en mis palabras. La embajada está vacante; tiene que haber interinidad por consiguiente, y el nuevo embajador M. de Sousa no puede llegar hasta dentro de ocho días lo mas pronto.

—Adelante, dijo Beausire.

—Ahora bien: ¿qué inconveniente hay en impedir á este embajador, que tiene tanta prisa de venir á París, el que llegue, y el que se instale?

Los circunstantes se miraron unos á otros con la boca abierta.

—Lo que don Manuel quiere decir, añadió vivamente Beausire, es que puede llegar un embajador verdadero á su puesto.

—Precisamente, prosiguió el portugués. Ahora bien: si el embajador que se presente manifestase deseos de comprar el collar para S. M. la Reyna de Portugal, ¿no sois

de opinion de que tendria derecho á ello?

— ¡Pardiez que sí! respondieron los sócios.

— Pues bien: el embajador llega, y entra en trato con MM. Bøhemer y Bossange; á esto se reduce todo.

— Absolutamente todo.

— Lo único que falta es el pago, que es otra de las condiciones del contrato de compra y venta, observó el banquero del Faraon.

— ¡Ah! ¡qué diantre! no habia yo dado en eso, replicó el portugués.

— Y lo que es MM. Bøhemer y Bossange dificilmente consentirán en que pase el collar á las manos de un embajador, aun cuando este fuese un verdadero Sousa, sin tener buenas garantías.

— ¡Oh! En cuanto á garantías ya he pensado yo en una excelente.

— ¿En cuál?

—¿No hemos dicho que la embajada se halla enteramente desierta?

—Sí.

—Únicamente ha quedado en ella un canciller francés, que habla la lengua portuguesa tan mal como conoce los achaques del mundo, y el cual se estasia de regocijo cuando los portugueses le hablan en francés; porque entonces no padece, así como cuando los franceses le hablan portugués, porque entonces brilla.

—¿Y bien, y que? exclamó Beau-sire.

—¡Pues ahí es nada! Que puesto que el canciller es tan bonachon, nos presentaremos á él con todas las esterioridades de individuos de la nueva embajada.

—No diré yo que sean innecesarias las esterioridades, replicó Beau-sire, pero tengo para mí que serian mejor aun los papeles.

— También tendremos los papeles; repuso lacónicamente D. Manuel.

— Preciso es confesar, dijo entonces Beausire, que D. Manuel es un hombre de un precio inestimable.

— Y una vez convencido el canciller con las exterioridades y los papeles, nos instalamos en la embajada...

— ¡Oh! Oh! Un poco peliagudo es eso, dijo Beausire interrumpiéndole.

— ¡Pues no hay remedio! Hay que hacerlo así; continuó el portugués.

— Es muy sencillo; añadieron los demás socios, corroborando la idea.

— ¿Pero y el canciller? objetó Beausire.

— Ya hemos dicho que quedaba convencido.

— ¿Y si por casualidad fuese menos crédulo de lo que pensamos?

— Se le despediría diez minutos antes de que entrase en duda. Digo; paréceme que un embajador tie-

ne autoridad para cambiar de canceller como y cuando mejor le acomode.

—Es evidente.

—Decia, pues, que nos hacemos dueños de la embajada, y que nuestra primera operacion en seguida es ir á visitar á MM. Bøhemer y Bossange.

—No, no, amigo mio, dijo vivamente Beausire; si no me engaño, creo que ignorais un punto capital, que yo, que he vivido mucho tiempo en diferentes cortes, lo conozco perfectamente, á saber, que un embajador no puede hacer operacion semejante, sin haber sido recibido primero en una audiencia solemne, en lo cual hay un peligro. El famoso Riza-Bey, que fue admitido delante de Luis XIV en calidad de embajador de Shah de Persia, y el cual tuvo el descaro de ofrecer á su magestad cristianísima unas turquesas que valdrian hasta

unos treinta francos, estaba muy versado en la lengua persa, y el diablo me lleve si habia en Francia sabio alguno capaz de probarle que no venia de Ispahan. Pero á nosotros no nos sucederia eso, porque nos dirian inmediatamente que habláramos portugueses, y por via de regalo de protesta nos mandarian á la Bastilla. Reflexionemos, por ende en qué berengenal vamos á meternos.

—Vuestra imaginacion os lleva, mi querido colega, demasiado lejos, dijo el portugués, puesto que no se trata de que ninguno de nosotros corra esos peligros; cada uno quedará en su casa.

—Ya; pero entonces no nos creará Mr. Bøhemer tan portugueses y tan embajadores como es preciso.

—Mr. Bøhemer comprenderá que habiendo sido llamado á Lisboa el embajador de Francia mientras nosotros estábamos en camino, nada tie-

ne de estraño que vengamos encargados simplemente de la mision de comprar el collar.

Lo que solamente necesitamos es la órden de venir á reemplazarle, y esa se la enseñaremos si es preciso á Mr. Bossange, puesto que este se hará cargo de que indispensablemente habrá tenido que verla primero el señor canciller: los únicos á quien no hay que mostrarla bajo ningun concepto, son los ministros, porque los ministros son escesivamente curiosos y desconfiados, y nos cogerian en varios renunciios al entrar en ciertos detalles.

— ¡ Oh ! ¡ no nos pongamos en relaciones con el ministerio ! exclamó la asamblea ; eso seria imprudente.

— Pero si MM. Bœhemer y Bossange pidiesen...

— ¿ Qué ? exclamó D. Manuel.

— ¿ Alguna cantidad á cuenta ? dijo Beausire.

—Seguramente que eso complicaría el negocio, dijo el portugués con ademan reflexivo.

—Porque es preciso tener en cuenta, prosiguió Beausire, que es uso y costumbre que los embajadores traigan cartas de crédito, si no traen metálico...

—Es un hecho, dijeron los demás sócios.

—Y el negocio fracasaria aqui por lo tanto, continuó Beausire.

—¡Oh! ¡qué diablo! exclamó D. Manuel con una aspereza glacial; observo que á cada paso os ocurren medios para poner obstáculos al asunto, y ninguno para llevarlo adelante.

—Eso consiste en que quiero probar que soy hombre á propósito para vencer las grandes dificultades... Y sino estadme atentos.

Las cabezas de los sócios se tocaban unas á otras formando un círculo.

—En toda concillería, prosigió Beausire, debe haber, si no me engaño, una caja.

—Sí, una caja y un crédito.

—Dejemos el crédito á un lado, porque esa es la cosa mas difícil de adquirir, repuso Beausire. Para tener crédito necesitaríamos caballos, carruages, muebles, y un tren, que son lo que constituyen la base de todo crédito posible: hablemos por lo tanto de la caja. ¿Qué tal, creéis que se hallará la de la embajada portuguesa?

—¡ Oh! Hasta la presente siempre he considerado á S. M. Fidelísima mi graciosa soberana como una espléndida Reyna.

—Eso luego lo veremos; pero por de pronto admitamos la hipótesis de que no hay un cuarto en la caja.

—Lo cual es muy posible! exclamaron suspirando los circunstantes.

—Pues bien; aun cuando eso sea, no hay por qué desesperanzarse; porque en ese caso nos, el embajador, preguntaremos á MM. Bøhemer y Bossange quien es su correspondiente de Lisboa, y en seguida le damos para él letras de cambio por valor de la suma, las cuales firmaremos, sellaremos, y llenaremos de todos cuantos requisitos sean precisos.

—¡Ah! exclamó don Manuel, preocupado con esta invencion; la idea es excelente: confieso que yo no habia descendido á esos detalles.....

—Los cuales valen un Perú, dijo el banquero pasándose la lengua por los labios, y concluyendo la frase.

—Ahora, repartamos los papeles; prosiguió Beausire. En mi concepto, el de embajador debe venir como de molde á don Manuel.

—¡Oh! es incontestable, exclamó á coro la asamblea.

—Y yo veo en Mr. de Beausire á mi secretario é intérprete, añadió don Manuel.

—¡Cómo! repuso Beausire, indicando cierta inquietud.

—Digo! paréceme que representando yo el papel de M. de Sousa, no es cosa de que vaya á hablar francés, puesto que conozco perfectamente á este caballero, y si habla, lo cual es raro, será á lo sumo en su lengua natal. Mientras que por el contrario, vos, señor de Beausire, que habeis viajado mucho, que estais familiarizado con las transacciones parisienses, que hablais el portugués lo bastante...

—Bastante mal; dijo Beausire interrumpiéndole.

—Lo suficiente para que no os tengan por hijo de París.

—No digo lo contrario... pero...

—Ademas hay que advertir, añadió don Manuel clavando sus ojos negros sobre Beausire, que aquellos

que sean mas útiles participarán de mayores beneficios.

—Es muy justo, dijeron los socios.

—Corriente; no hay mas que hablar: acepto la secretaría de la legacion.

—Ante todo convengamos, dijo el banquero, en los términos en que han de hacerse las particiones.

—Eso es muy sencillo, repuso don Manuel; ¿no somos doce?

—Si, doce, repitieron los socios contándose recíprocamente.

—Pues bien, nos arreglaremos por duodécimas partes, dijo don Manuel, á reserva de dar una y media á algunos; á mí, por ejemplo, que he sido padre de la idea y voy á desempeñar las veces de embajador, y á Mr. de Beausire porque ha sido el primero en olfatear y hablar de millones al llegar aquí.

Beausire hizo una señal de ad-

lesion.

— Finalmente, añadió el portugués, creo asimismo que debe darse parte y media á aquel que se encargue de vender los diamantes.

— ¡Oh! de ninguna manera! exclamaron á una voz todos los socios; lo que es al que venda los diamantes no debe dársele mas que media parte á lo sumo.

— ¿Por qué? preguntó don Manuel; paréceme que al que le toque este encargo deberá correr un riesgo y no flojo.

— No digo que no, repuso el banquero; pero en cambio redundarán en su provecho las primas, el corretaje, y lo que se le pegue de manos puercas, con lo que sacará una astilla mas que regular.

Los socios se echaron á reir, porque se comprendian mutuamente á media palabra.

— Ese punto está ya perfectamente ventilado, dijo Beausire; deje-

mos pues los detalles para mañana, porque se va haciendo tarde.

El amante de Oliva se acordó en aquel momento que esta se habia quedado en el baile con el del dominó azul, el cual, no obstante la facilidad con que daba luises de oro, estaba muy lejos de inspirarle una ciega confianza.

—No, no; ¿á qué aplazarlo para mañana? dijo la asamblea; veamos cuáles son esos detalles.

—En primer lugar repuso Beausire, necesitamos una silla de postas con las armas de M. de Sousa.

—¡Con las armas de M. de Sousa! exclamó don Manuel, ¡bah! seria menester mucho tiempo para pintarlas, y mas aun para que se secase la pintura.

—Pues veamos otro medio, dijo Beausire. La silla del señor embajador se romperá en el camino, y se verá precisado por consiguiente á echar mano de la de su secreta-

rio.

— ¡Cómo! ¿Tendriais vos por ventura una silla de posta? preguntó el portugués.

— ¡Bah! tendré la primera que se presente.

— Pero ¿y vuestras armas?

— Las que tenga la primera que encontremos.

— ¡Oh! esa idea es magnífica, porque lo simplifica todo: en teniendo cuidado de que la silla llegue llena de polvo, y con las portezuelas y la trasera tan salpicadas de barro, que el canciller no pueda distinguir el escudo de armas, está enteramente orillada esa dificultad.

— Pero ¿y los demas individuos de la embajada? preguntó el banquero.

— En cuanto á eso, nada temais; nosotros procuraremos llegar á París por la noche, que es mas cómoda para un *debut*, y vosotros al dia

siguiente; ó lo que es lo mismo, cuando nosotros tengamos hechos ya los preparativos necesarios.

—Muy bieu; nada me ocurre que objetar á eso.

—Pasemos á otro punto, dijo don Manuel; todo embajador necesita, ademas de su secretario, un ayuda de cámara, cuyas funciones no son por cierto las menos importantes.

—Es un hecho: veamos, pues, quien puede desempeñar esa plaza: á ver, señor mayordomo, prosiguió el banquero, dirigiéndose á uno de los tahures; supongo que no tendreis inconveniente en encargaros del papel de ayuda de cámara.

El mayordomo se inclinó haciendo una señal de asentimiento.

—¿Y fondos para los gastos? dijo don Manuel; porque yo estoy sin blanca.

—Yo tengo algun dinero, añadió Beausire; pero debo advertir que pertenece á mi señora.

—¿Cuanto hay en caja? preguntaron los socios.

—Ahora lo veremos, dijo el banquero. Señores, sacad las llaves.

Todos los individuos de la asamblea se llevaron la mano al bolsillo, y sacando cada uno una llavecita, la cual servia para abrir las doce cerraduras diferentes que tenia el cajon de la mesa, precaucion que aquella honrada sociedad habia tomado para impedir que ninguno de sus miembros visitase la caja sin permiso de sus once colegas, se procedió al arqueo.

—Hay ciento noventa y ocho lises, ademas del fondo de reserva; dijo el banquero, al cual vigilaron escrupulosamente los demas socios mientras verificaba la operacion.

—Dádnoslos, pues, á Mr. de Beau-sire y á mí; dijo don Manuel: ya supondreis que la cantidad no es cesivamente crecida.

—O cuando menos, dádnos las

dos terceras partes, y que quede la otra para el resto del personal de la embajada; dijo Beausire con una generosidad que concilió todas las opiniones.

En virtud de esta resolución fueron entregados á don Manuel y á Beausire ciento treinta y dos luises de oro, quedando sesenta y seis para los demas individuos de la asamblea, los cuales se separaron despues de darse cita para el dia siguiente.

Beausire se apresuró á doblar su dominó, y metiéndoselo debajo del brazo, echó á correr hácia la calle Dauphine, donde esperaba encontrar á Oliva en posesion de todo lo que le quedaba de sus antiguas virtudes, y de sus nuevos luises de oro.

EL EMBAJADOR.

Al día siguiente al anocheecer entraba por la barrera del Infierno una silla de postas asaz empolvada y llena de barro, para que fuera fácil distinguir su escudo de armas.

Los cuatro caballos que la tiraban hacían temblar el piso bajo sus pies, y los postillones que la conducían iban vestidos á lo príncipe, como suele decirse vulgarmente.

La silla se detuvo en la calle de la Jussienne, y al frente de una casa de bastante buena apariencia, á la puerta de la cual estaban esperándola dos hombres, el uno vestido de ceremonia, á juzgar por el estudiado esmero de su trage, y el otro con una especie de librea de esas que en todos tiempos han gastado los oficiales públicos de todas las oficinas de París.

En otros términos; este último se parecía á un suizo vestido con trage de gala, y adornado con todos sus pomposos ringorangos.

La silla penetró en el palacio, cuyas puertas se cerraron al instante, dejando con un palmo de narices á los curiosos que se habían agrupado á ella.

El hombre vestido con trage de ceremonia se acercó entonces á la portezuela del carruaje, con marcadas señales de respeto, y con voz hueca y entonada pronunció en idio-

ma portugués una larga arenga.

—¿Quién sois? preguntó una voz desde lo interior del coche en el mismo idioma, pero con una pureza y corrección de que carecían las palabras del que acababa de pronunciar la arenga.

—Soy, excelentísimo señor, respondió éste, el indigno canciller de la embajada.

—Bien está; veo, no obstante, mi querido canciller, que habláis bastante mal nuestro idioma, y por lo tanto, tened á bien decirnos donde hemos de apearnos.

—Por aquí, monseñor, por aquí.

—Preciso es confesar que el recibimiento es bien triste; dijo D. Manuel haciéndose el poltron, y echando á andar apoyado en el hombro de su secretario y en el de su ayuda de cámara.

—Ruego á V. E. que me perdone, repuso el canciller con su detestable pronunciación, puesto que

el correo que mandó su escelencia para anunciar su llegada no se ha presentado en la legacion hasta las dos de la tarde, á cuya hora me hallaba yo ausente, y ocupado en desempeñar varios asuntos concernientes á la embajada. La carta de V. E., por lo tanto, no la recibí hasta mi regreso, y de consiguiente apenas he tenido el tiempo bastante para mandar abrir las habitaciones y hacer que las iluminaran.

— Bueno, bueno.

— ¡ Ah! V. E. me hará la justicia de creer que tengo una gran satisfaccion en ver la ilustre persona de nuestro nuevo embajador.

— ¡ Silencio! no divulgueis nuestra llegada hasta tanto que háyamos recibido nuevas órdenes de Lisboa, y dignaos conducirme á mi dormitorio, porque vengo muerto de fatiga. Ahí queda mi secretario, el cual os trasmitirá mis órdenes.

El canciller se inclinó respetuosamente ante Beausire, el cual le devolvió un afectuoso saludo, y le dijo con acento entre irónico y cortés :

—Podeis hablar en francés, si gustais, caballero; asi os espresareis mas fácilmente, y yo os comprenderé tambien mejor.

—Sin duda alguna que sí, repuso el canciller; confieso, señor secretario, que mi pronunciacion...

—En efecto; he visto que no es muy buena, dijo Beausire con aplomo.

—Y ya que sois tan amable, se apresuró á decir el canciller, aprovecharé, señor secretario, esta ocasion, para preguntaros si creeis que M. de Sousa me tendrá mala voluntad al ver el modo con que estropeo el portugués.

—¡Bah! no temais semejante cosa, con tal de que hableis el francés correctamente.

—En cuanto á eso, señor secretario, puedo apostárselas al primero, puesto que soy un parisiense nacido y criado en la calle de Saint-Honoré.

—Entonces podeis estar enteramente tranquilo, Mr. Ducorneau: ¿no es este vuestro nombre?

—Sí, señor secretario; Ducorneau es en efecto mi nombre, y estoy á gusto con él, porque tiene una terminacion española. Por lo demas, es en extremo lisonjero para mí que el señor secretario supiese de él.

—Bah! sois muy conocido en Lisboa; tanto, que vuestra reputacion ha sido causa de que no háyamos traído otro canciller.

—¡Oh, señor secretario! el nombramiento de M. de Sousa me colma de gozo, y lo considero como presagio de mi buena suerte.

—Si no me engaño, ha llamado el embajador.

—Corramos, pues, á ver lo que se le ofrece.

El canciller y Beausire se dirigieron presurosos á la habitacion de D. Manuel.

El señor embajador, merced al celo de su ayuda de cámara, se habia mudado en breves instantes el traje de camino, reemplazándolo con una magnífica bata. Un barbero, que habia sido mandado á llamar á toda prisa, estaba á la sazón arreglando la barba y el cabello de su excelencia. Sobre las mesas y las consolas veíanse una porción de cajas y carteras de viaje, bastante ricas en la apariencia.

En la chimenea ardia un fuego agradable.

—Entrad, entrad, señor canciller, dijo el embajador, el cual acababa de sentarse en un sillón magnífico que estaba al lado de la chimenea.

—¿Llevará á mal el señor emba-

jador que le conteste en francés? dijo el canciller en voz baja á M. de Beausire.

—No; podeis hablarle en vuestro idioma sin el menor reparo.

Animado Ducorneau con estas palabras, cumplimentó en francés á su escelencia.

—¡Calla! ¡Sois un tesoro, señor Cornó! exclamó don Manuel: pronunciais el francés perfectamente.

—¡Ah! el señor embajador eree sin duda que soy portngues; dijo para sí M. Ducorneau lleno de gozo.

Y en seguida dió un apretón de manos á Beausire.

—Decid, señor canciller, prosiguió el embajador, ¿podremos comer pronto?

—Al instante, escelentísimo señor: Palais-royal está á dos pasos de aqui, y conozco un fondista escelente que traerá una buena comida para su escelencia.

—Tan buena como si fuera para vos, señor de Cornó.

—Sí, monseñor... y si V. E. me lo permite, me tomaré la confianza de ofrecerle algunas botellas de un vino tan bueno como el mejor de Porto.

—¡Hola! ¿conque es decir que nuestro canciller tiene buena bodega? dijo Beausire alegremente.

—Es mi único hijo, replicó humildemente M. Ducorneau, cuyas abultadas mejillas, ojos vivarachos y amoratada nariz, vistas á la luz de las bujías llamaron por primera vez la atención de don Manuel y de Beausire.

—Haced lo que queráis, señor de Cornó, dijo el embajador, traednos vuestro vino, y venid á comer con nosotros.

—¡Oh! tanta honra...

—Vamos, dejaos de cumplimientos; hoy continúo siendo un viajero; no quiero ser embajador hasta maña-

na; además hablaremos de negocios durante la comida.

— Permítame V. E. al menos que vaya á arreglarme un poco el traje, para sentarme á la mesa.

— ¡Bah! estais perfectamente, dijo Beausire.

— Con traje de recibir, pero no de gala.

— Quedaos como estais, señor canciller, y emplead el tiempo que habíais de invertir en vestiros de gala en alijerar la comida.

Encantado Ducorneau de la amabilidad de su escleneia, salió de la estancia para hacer esperar diez minutos menos al buen apetito que manifestaba el embajador.

Durante este tiempo los tres tunantes encerrados en el dormitorio del embajador de Portugal, pasaron revista al mueblaje de sus nuevos dominios.

— ¿Duerme el canciller en palacio? preguntó don Manuel.

—No; el muy bribon tiene muy buena bodega, y es de presumir por lo tanto que tenga asimismo en otra parte alguna griseta ó alguna linda muchacha, que le ayude á destripar las botellas. Es un viejo celibato.

—¿Y el suizo?

—Preciso será que nos desembarcemos de él.

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Y los demas criados?

—Están á soldada, y mañana mismo, si queremos, los reemplazarán nuestros sócios.

—¿Y la cocina y reposteria?

—Alli no hay un alma; el antiguo embajador apenas parecia en palacio, porque tenia casa puesta en otro punto de la ciudad.

—¿Y la caja?

—En cuanto á la caja, es preciso que consultemos al canciller, este punto es delicadísimo.

—Yo me encargo de eso, dijo

Beausire. M. Ducorneau y yo somos ya los mejores amigos del mundo.

— ¡Silencio! Aquí llega.

En efecto M. Ducorneau se presentó entonces en la estancia jadeando y sofocado, por la prisa que se dió en ir á buscar al fondista de la calle de los Bons-enfants, y á coger en su gabinete seis botellas de un aspecto respetable. El alegre semblante del canciller revelaba todas aquellas buenas disposiciones, que esos soles llamados naturaleza y diplomacia saben combinar para dorar lo que los cínicos llaman fachada humana.

— ¿Quiere V. E. bajar al comedor, ó prefiere quedarse aquí? preguntó M. Ducorneau.

— Prefiero comer aquí, al lado del fuego, y en familia.

— Monseñor me confunde con sus bondades. Aquí está el vino.

— ¡Oh! ¡Y á fe mía que es excelente! exclamó Beausire. ¡Qué pre-

cioso color de topacio! añadió, levantando el frasco á la altura de una bujía.

—Sentaos, señor canciller; mi ayuda de cámara arreglará la mesa.

M. Ducorneau obedeció sin replicar palabra.

—¿Qué día han llegado los últimos despachos? preguntó el embajador.

—La vispera de la partida de... del antecesor de V. E.

—Y qué tal, ¿se halla la legacion en buen estado?

¡Oh! en muy buen estado, monseñor.

—Supongo que no habrá ninguna trabacuenta de esas que suele producir la falta de dinero.

—Ninguna que yo sepa.

—¿Y deudas?... ¡Oh decidlo con franqueza!... porque si así fuese, sería preciso empezar por pagarlas sobre la marcha. Mi antecesor es un caballero en toda la estension

de la palabra, y no vacilo en salir garante por lo tanto de sus compromisos.

— V. E. no tendrá necesidad de eso, á Dios gracias, porque los créditos fueron puestos en órden hará unas tres semanas, y al dia siguiente de la partida del embajador vinieron cien mil librás.

— ¡Cien mil libras! exclamaron á un tiempo Beausire y don Manuel, llenos de gozo.

— En oro; prosiguió el canciller.

— ¡En oro! repitieron el embajador, el secretario, y hasta el ayuda de cámara.

— Es decir, segun eso, añadió Beausire, que hay en caja.....

— Cien mil trescientas veinte y ocho libras, señor secretario.

— Poco es, dijo don Manuel con frialdad; pero afortunadamente ha puesto S. M. fondos bastantes á nuestra disposicion. Bien os decia yo, amigo mio, que al llegar á París nos

habia falta dinero.

—Y eso que V. E. habia tomado sus precauciones, replicó Beau-sire con la mas respetuosa deferencia.

La alegria de la asamblea fue en aumento, desde que el canciller hizo esta revelacion importantisima.

Una buena comida, compuesta de un salmon, cangrejos, y diferentes viandas negras y postres completó el buen humor de los señores portugueses.

Ducorneau, contentísimo de la honra singular que le dispensaba su escelencia, comió como diez grandes de España, y demostró á sus superiores que un parisiense de la calle de Saint Honoré conocia tan bien los vinos de Jerez y Porto, como los de Brie y Tonerre.

MM. BOHEMER Y BOSSANGE.

Mr. Ducorneau proseguia en su silla dando mil gracias al cielo porque le habia enviado un embajador que preferia la lengua francesa al idioma portugués, y los vinos portugueses á los vinos de Francia. El bueno del canciller hallábase anegado en esa deliciosa bienaventuranza que proporciona al cerebro el estómago satisfecho y agradecido, cuando le

dirigió la palabra M. de Sousa diciéndole que podia irse á acostar.

M. Ducorñeau se levantó presuroso, y despues de hacer una cortesía tan desgraciada que enganchó al bajar tantos muebles como hojas engancha en un bosque una rama de escaramojo, se dirigió á la puerta de la calle.

Beausire y D. Manuel no habian honrado lo bastante el vino de la embajada para sucumbir tan pronto al sueño.

Ademas, era preciso que el ayuda de cámara comiese á su vez despues que lo habian hecho los amos, y el *mayordomo* desempeñó minuciosamente esta operacion, conforme á los precedentes trazados por el señor embajador y su secretario.

En seguida trazaron los tres sócios el plan que debian seguir al otro dia, y despues de cerciorarse de que estaba durmiendo el suizo, practicaron en la casa un escrupuloso

reconocimiento.

Al dia siguiente, y gracias á la actividad que empleó en ayunas Mr. Ducorneau, la embajada habia salido de su letargo. Las oficinas, los escritorios, los trenes y los caballos que piafaban en el patio, indicaban la vida y la animacion en una casa donde la víspera solamente reynaban la atonia y la muerte.

Al instante corrió la voz en el barrio de que la noche anterior habia llegado de Portugal un gran personage, encargado de negocios de Estado.

Esta voz, que debia dar crédito á nuestros tres bribones, era para ellos por el contrario origen de nuevas y terribles zozobras.

Y no les faltaba razon en cierto modo, porque la policia de Mr. de Crosse y la de Mr. de Breteuil tenian el oido muy fino para que dejase de llegar á su noticia esta ocurrencia, y los ojos listos como los

de un Argos , para que dejaran de ver cuanto se tratara de los señores diplomáticos de Portugal.

Pero D. Manuel hizo presente á Beausire que con audacia podria impedirse á los polizontes que entraran en sospechas antes de ocho dias; que estas se convirtiesen en certidumbre antes de los quince , y conseguir , por lo tanto , que nadie incomodase en diez dias , que era el término medio, á la sociedad, la cual , obrando como era menester , debia terminar sus operaciones antes de una semana.

Al rayar la aurora llegaron á la puerta de la embajada dos sillas de alquiler , que traian el cargamento de nueve tunantes , destinados á componer el personal de la legacion , y los cuales fueron instalados al momento por Beausire , ó colocados en sus respectivos puestos , hablando con mas propiedad. Uno de ellos fue destinado á la caja , otro á los

archivos, y otro reemplazó al suizo, á quien el mismo Ducorneau puso en la calle bajo el pretesto de que no sabia el portugués. La embajada quedó por lo tanto poblada por aquella guarnicion que debia impedir á los profanos la entrada en ella.

Y la policia es profana en grado heróico y eminente, para todos aquellos que tienen secretos políticos ó de cualquier otro género.

A eso del medio dia vistióse suntuosamente don Manuel, ó sea M. de Sousa, y subiendo á una carroza muy propia para el caso, que Beausire habia alquilado á prevencion por un mes, pagando quince dias adelantados, partió para casa de MM. Bœhemer y Bossange en compañía de su secretario y de su ayuda de cámara.

El canciller recibió la órden para despachar, como si se hallase ausente el embajador, todos los nego-

cios relativos á pasaportes, indemnidades y socorros, y la de no entregar un cuarto ni liquidar cuentas sin previo aviso del señor secretario.

Los académicos querian guardar intacta la suma de las cien mil libras, que era la base fundamental de toda la operacion.

El embajador habia preguntado y sabido que los joyeros de la corona vivian hácia el malecon de l' Ecole, y se dirigieron á el á cosa de la una.

El ayuda de cámara llamó modestamente á la puerta, la cual estaba asegurada con fuertes cerraduras, y guarnecida de clavos de una cabeza disforme, como suelen estarlo las de una prision.

Estos clavos estaban colocados con arte, para que formasen dibujos mas ó menos gratos á la vista, asi como tambien para que no pudiese lima alguna, ni ningun otro instru-

mento parecido, morder el mas pequeño pedazo de madera, sin romperse un diente contra un pedazo de hierro.

Una voz que salió por una ventanilla enrejada preguntó al ayuda de cámara qué era lo que deseaba saber.

—El señor embajador de Portugal, respondió este, quiere hablar con los señores Bøhemer y Bos-sange.

Al oír estas palabras, asomóse una cabeza á una de las ventanas del primer piso, y al muy corto rato sintiéronse pasos precipitados en la escalera, los cuales llegaron hasta la puerta, y esta giró sobre sus goznes.

Don Manuel bajó entonces del carruaje con noble lentitud.

M. Beausire se le habia anticipado para ofrecer el brazo al embajador.

El hombre que tan apresurada-

mente habia acudido á abrir la puerta á los dos portugueses, era el mismo M. Bœhemer en persona, el cual al advertir que paraba un coche delante de su casa, se asomó por los cristales, oyó la palabra *embajador*, y echó a correr para no hacer aguardar á su excelencia.

El joyero se deshacia en excusas mientras que don Manuel subia la escalera.

M. Beausire notó que detrás quedaba una vieja criada, vigorosa y fornida, á la cual oyó echar las llaves, y correr los cerrojos, que tenia con profusion la puerta: pero como el señor secretario hizo esta observacion con poco disimulo, M. Bœhemer le dijo con tono respetuoso:

— Perdonad, caballero: nuestra desgraciada profesion nos espone constantemente á tantos riesgos, que todos nuestros hábitos encierran una precaucion.

Don Manuel permaneció impasible ; Bœhemer lo observó , y le repitió la frase que le habia valido una sonrisa de parte de Beausire ; mas como el embajador permaneciera imperturbable y silencioso , volvió á decir desconcertado :

—Dignaos dispensarme , señor embajador.

—Su escelencia , dijo entonces Beausire , no habla francés , y por lo tanto no puede entenderos ; pero yo le trasmitiré vuestras excusas..... á no ser , añadió presuroso , que vos sepais la lengua portuguesa.

—No , caballero , no hablo portugués.

—¿ Hablaré por vos , segun eso ?

Y Beausire chapurreó en portugués algunas palabras , dirigidas á don Manuel , el cual contestó en el mismo idioma.

Su escelencia el señor conde de Sousa , embajador de S. M. Fidelísima , acepta bondadosamente vues-

tras escusas, y me encarga que os pregunte si es verdad que teneis en vuestro poder un hermoso collar de diamantes.

Bœhemer levantó la cabeza y miró á Beausire frente á frente, y á guisa del que trata de leer algo en el rostro de aquel á quien dirige sus miradas.

Beausire sostuvo el choque como un hábil diplomático.

—Un collar de diamantes, dijo lentamente Bœhemer, un precioso collar.

—Sí, el que ofrecisteis á S. M. la Reyna de Francia, y del cual ha oido hablar S. M. Fidelísima.

—¿Sois algun oficial del señor embajador?

—Su secretario particular, caballero.

Don Manuel habia tomado asiento á lo gran señor, y estaba á esta sazón mirando las pinturas de los paneles de una habitacion lindísi-

ma cuyas ventanas caian al muelle.

Un sol claro y brillante refleja sus rayos sobre el Sena, y los primeros álamos mostraban sus retoños por encima de las aguas, crecidas y enrojecidas aun á causa del desyelo.

Don Manuel pasó del exámen de las pinturas al del paisaje, y Beau-sire prosiguió dirigiéndose á M. Boehemer:

—Si no me engaño, caballero, no habeis entendido una palabra de cuanto acabo de deciros.

—¿Cómo? exclamó Boehemer aturrido del tono con que acababa de espresarse el secretario.

—No estrañeis que os hable asi, señor joyero, porque estoy viendo al embajador lleno de impaciencia.

—Perdonad, caballero, repuso Boehemer poniéndose encarnado; pero yo no debo enseñar á nadie el

collar sin que se halle presente mi compañero M. Bossange.

— ¡Pues bien! mandadle á decir que venga.

A esta sazón se aproximó don Manuel á los dos interlocutores, y con aquel continente frío que no carecia de cierta magestad, pronunció una alocucion en idioma portugués, la cual hizo bajar á Beausire la cabeza varias veces, en señal de profundo respeto.

El supuesto embajador volvió en seguida la espalda á su secretario, y se dirigió á la ventana á seguir su contemplacion.

— Su escelencia acaba de decirme, caballero, que hace ya diez minutos que está esperando, y que no está acostumbrado á esperar en ninguna parte, incluso los palacios de los reyes.

Bœhemer se inclinó cortesmente, y tiró en seguida del cordon de una campanilla.

Un minuto despues presentóse en la estancia otro individuo, el cual era M. Bossange.

Boehemer puso al corriente del asunto en dos palabras á su compañero, el cual despues de mirar á su vez á los dos portugueses, concluyó por pedir á aquel su llave para abrir la arquilla doade estaba guardado el collar.

—Por lo visto, dijo para sí Beausire, parece que las gentes honradas toman tambien sus precauciones unas contra otras, como los ladrones.

Diez minutos despues volvió á aparecer M. Bossange trayendo en la mano izquierda un cofresito, y oculta la derecha bajo su levita. Beausire creyo distinguir sin embargo el relieve de dos pistolas.

—Pues señor, dijo entonces D. Manuel en portugués, lo que es nosotros podremos tener buena traza, pero estos negociantes mas bien nos consideran unos rateros que unos embaja-

dores.

Y al pronunciar estas palabras clavó la vista en los joyeros para ver si descubria en sus semblantes alguna señal que indicase que entendian el portugués.

Pero no advirtió en ellos ni la mas ligera emocion, y sus ojos se fijaron en seguida sobre un collar tan admirablemente precioso, que su brillo ofuscaba la vista.

Los joyeros pusieron con toda confianza el estuche en manos de don Manuel, el cual exclamó con ademán colérico, despues de haberlo contemplado un instante:

—Señor secretario, decid á esos bribones que abusan del permiso de ser estúpido que tiene todo negociante de su clase: les he pedido diamantes, y me enseñan un collar de cuentas de vidrio; añadidles ademas que voy á acudir en queja al ministro de Francia, y que en nombre de mi Reyna haré que sean enviados á

la Bastilla los impertinentes que han querido burlarse de un embajador.

Y al terminar estas palabras, dió un revés al estuche, de resultas del cual fue rodando sobre el mostrador.

Beausire no tuvo necesidad de traducir todas las palabras, porque la pantomíma hizo que entendieran algo los joyeros, los cuales empezaron á pedir mil perdones, y á escusarse con que en Francia se mostraban modelos de aderezos, enteramente iguales á los finos; lo cual satisfacía á las gentes honradas, al par que evitaba á los ladrones el caer en tentacion.

M. de Sousa hizo un gesto enérgico, y se dirigió á la puerta.

Los joyeros no pudieron menos de mirarle con inquietud.

—Su escelencia me encarga que os diga, prosiguió Beausire, que es incomprendible é intolerable que los

joyeros que llevan el título de joyeros de la corona de Francia, no sepan distinguir á un embajador de un ratero, y que se retira por ende á su palacio.

MM. Bœhemer y Bossange se hicieron una señal simultáneamente, y protestaron de nuevo que no habia sido su ánimo faltar al respeto en lo mas mínimo al señor embajador.

M. de Sousa prosiguió andando hácia la puerta, sin hacer alto ni en sus palabras ni de sus ademanes.

Los joyeros volvieron á mirarse con inquietud, y se inclinaron casi hasta tocar con la cabeza en tierra.

Beausire siguió arrogantemente á su amo.

La vieja abrió las cerraduras de la puerta.

—Al palacio de la embajada, casa de la Fussiene! gritó Beausire

al ayuda de cámara.

—Al palacio de la embajada! gritó este al cochero á su vez.

Bœhemer oyó estas órdenes al través de la regilla.

— ¡Pues señor! ¡negocio perdido! murmuró el ayuda de cámara.

— ¡Negocio hecho! repuso Beau-sire; esos pobres diablos estarán dentro de una hora en nuestra casa.

El carruage echó á andar con tanta rapidez como si fuera tirado por ocho caballos.

A LA EMBAJADA.

Cuando los tres tahures regresaron á la embajada, dijéronles que M. Ducorneau se hallaba comiendo tranquilamente en su despacho.

Beausire se fue derecho á buscarle, y al rogarle que subiese á la habitacion del embajador, se expresó en los siguientes términos:

—Ya os habreis figurado, mi querido canciller, que un caballero del

rango de M. de Sousa no es un embajador ordinario.

— Así lo he notado en efecto, dijo el canciller.

— Su escelencia, prosiguió Beau-sire, quiere ocupar un puesto distinguido en París entre los ricos y personas de gusto; por lo tanto, y como no podreis menos de convenir en que la casa de la embajada no es para él una residencia ni soportable siquiera, se hace preciso que busqueis una casa [particular para M. de Sousa.

— Eso complicará mucho, sin embargo, las relaciones diplomáticas, dijo el canciller, porque tendremos que andar de seca en meca para la firma.

— Es un hecho; pero si no estoy equivocado, su escelencia, mi querido Ducorneau, tiene ánimo de poner á vuestra disposicion un carruaje.

Ducorneau casi estuvo á punto de

desmayarse de alegría.

— ¡Carruaje! exclamó; ¡á mí un carruaje!

Lástima es que no esteis acostumbrado á él, continuó Beausire, porque el canciller de embajada que merece alguna distincion, debe tenerlo. Pero de eso hablaremos en su tiempo y lugar. Por ahora ocupémonos en dar cuenta al señor embajador del estado en que se hallan los asuntos extranjeros. Y á propósito, ¿dónde esá la caja?

— Allá arriba, caballero, en el aposento mismo del embajador.

— ¡Cómo! ¡tan lejos de vuestro cuarto!

— Meramente lo he hecho para mayor seguridad: los ladrones penetran mas fácilmente en un cuarto bajo, que en el primer piso.

— ¡Bah! exclamó desdeñosamente Beausire; ¿quién teme á los ladrones tratándose de tan insignificante suma?

— ¡Vamos, caballero, que cien mil libras no son un grano de anís! ¡Diantre! Ya se conoce que es rico M. de Sousa; habeis de saber sin embargo que no hay esa cantidad en la caja de todas las embajadas.

— ¿Os parece, pues, que procedamos á rectificar el arqueo? dijo Beausire; tengo costumbre de dilatar el menos tiempo el desempeño de mis obligaciones.

— Ahora mismo, caballero, dijo Ducorneau dirigiéndose hácia el piso principal.

Abierta que fue la caja, aparecieron en ella efectivamente las cien mil libras en hermosas monedas de oro y plata.

Ducorneau ofreció la llave á M. de Beausire, el cual la tomó para admirar los ingeniosos y complicados labrados de sus guardas, y para estamparla hábilmente en cera.

— En seguida la devolvió al canceller, diciendole:

—Tomadla, M. Ducorneau; mejor está en vuestras manos que en las mías. Ahora pasemos, si os place, al cuarto de su excelencia.

Hiciéronlo así en efecto, y hallaron á don Maunel frente á frente con una gran jícara de chocolate, y muy entretenido en la apariencia en hojear un papel escrito en cifra.

Así que su excelencia columbró al canciller, le preguntó con amabilidad:

—¿Conoceis la cifra de la antigua correspondencia?

—No, Excmo. señor.

—Pues bien! yo os iniciaré en ella, caballero, y de esta suerte me ahorrareis la molestia de enterarme de una porcion de detalles minuciosos. Y á propósito, ¿cómo está la caja? añadió, dirigiéndose á M. de Beausire.

—Perfectamente; como todo aquello en que entiende el señor canci-

ller; replicó el amante de Oliva.

—Conque es decir, que hay en ella cien mil libras.

—Líquidas.

—Bien está: tomad asiento, Mr. Ducorneau, y vamos á ver si podeis suministrarme ciertas noticias que tengo que pedir.

—Estoy á las órdenes de V. E.; dijo el canciller radiante de gozo.

—Hé aquí el asunto; se trata de un negocio de Estado, Mr. Ducorneau.

—¡ Oh! ya os escucho, monseñor.

—Negocio grave é importantísimo, en el cual tengo necesidad de vuestras luces. ¿ Conoceis, por ventura, en Paris algun joyero honrado?

—Sí, Excmo. señor; conozco á MM. Bøehemer y Bossange, joyeros de la corona, repuso el canciller.

—Precisamente esos son los que

no quiero emplear, dijo don Manuel; acabo de separarme de ellos en este momento.

—¿Han tenido acaso la desgracia de incurrir en el desagrado de V. E. ?

—Alta y poderosamente, señor de Cornó.

—¡ Oh ! Si me fuese lícito ser menos reservado.. si me atreviese...

—Decid.

—A preguntar en qué han ofendido á V. E. esos dos hombres , que tienen fama de ser los primeros en su oficio...

—Lo que son mas bien , M. de Cornó, son unos verdaderos judios, á quienes su mal proceder les ha hecho perder como uno ó dos millones.

—¡ Oh ! exclamó con avidez Mr. Ducorneau.

—Yo he venido encargado por S. M. Fidelísima para entrar en trata sobre un collar de diamantes.

— Sí, sí, ya caigo; es el collar famoso que el difunto Rey de Francia mandó hacer para Mad. Dubarry.

— Sois un hombre inestimable, mi querido canciller, pues veo que estais al corriente de todo. Ahora bien; yo traia intenciones de comprar ese collar, pero las cosas se han puesto en mal estado, y ya no lo compraré.

— ¿Quiere V. E. que haga yo una tentativa?

— ¡Señor de Cornó!

— Una tentativa diplomática, monseñor, muy diplomática.

— Eso sería bueno, si conociéseis á esas gentes.

— Bossange es un primito mio á lo breton.

Don Manuel y Beausire se miraron uno á otro al oír estas palabras, á las que sucedió un corto silencio, durante el cual aguzaban sus ingenios los dos portugueses.

A esta sazón abrióse repentina-

mente la puerta del aposento, y se presentó un criado anunciando:

—MM. Bøehmer y Bossange.

Don Manuel se levantó con ligereza, y exclamó con voz irritada:

—¡Despedid á esos bergantes!

El criado hizo ademán de ir á ejecutar esta órden, pero se detuvo al oír al embajador, que decia á su secretario:

—Mejor será, sino, que váyais á despedirlos vos mismo.

—En nombre del cielo os suplico, exclamó Ducorneau, que me deis permiso para ejecutar la órden de su escelencia; quiero ver si puedo dulcificarla, ya que no impedirla.

—Haced lo que querais, dijo don Manuel negligentemente.

Beausire se aproximó el embajador asi que vió salir al canciller.

—Vamos, está visto, exclamó entonces don Manuel, que el nego-

cio ha de llevárselo el diablo.

—No lo creo así; Ducorneau lo volverá á arreglar.

—Al contrario, me temo que va á echarlo á perder, y nosotros tenemos en parte la culpa, por haber dicho en casa de los joyeros que yo no hablaba mas que el portugués: ahora les dirá que hablamos francés tambien, y todo volverá á embrollarse.

—Voy corriendo entonces á evitarlo.

—Quizás sea peligroso el que os mostreis á ellos, Beausire.

—Ahora os convencereis de que no, si me dais plenos poderes.

—¿Pues no?

Beausire salió de la estancia.

Ducorneau estaba hablando en una pieza del piso bajo con Bøhemer y Bossange, cuyo continente, desde que se hallaban en la embajada, se habia modificado, si no respecto á la desconfianza, respecto á la política al

menos.

Los joyeros de la corona no esperaban encontrar allí ningun semblante conocido, é iban por lo tanto escurriéndose hácia los primeros gabinetes.

Asi es, que cuando Bossange vió á Ducorneau dió un grito de alegre sorpresa.

— ¡Cómo! ¡vos aqui! le dijo.

Y se fué derecho al canciller en ademan de darle un abrazo.

— Ah! ah! sois muy amable, dijo Ducorneau: veo que me habeis reconocido, mi querido primo: ¿ consistirá eso por ventura en que me encontráis en una embajada?

— ¡Pardiez que sí! repuso Bossange; perdonadme, pues, el que nuestras relaciones hayan estado hasta aqui algun tanto interrumpidas, y dignaos prestarme un servicio.

— Precisamente he salido para eso.

— ¡Oh! un millon de gracias: ¿ Es-

tais empleado en la embajada?

— Sí.

— En ese caso podreis darme noticia de una cosa.

— ¿De qué, y sobre qué?

— Sobre la embajada.

— Ya lo creo; como que soy el canceller.

— ¡Oh! es para mí una felicidad, puesto que el objeto que aqui nos trae, es hablar al embajador.

— Vengo de parte suya.

— ¡De su parte! ¿quizás para decirnos?...

— Que salgais de aqui inmediatamente.

Los dos joyeros se miraron uno á otro apesadumbrados.

— Esa es la órden que me ha dado, prosigió Ducorneau, y segun creo tiene razon que le sobra, porque habeis estado con él torpes y descortes.

— Escuchad lo que ha pasado.

— Es enteramente inútil, dijo Beau-

sire con semblante severo al par que glacial, apareciendo en el dintel de la puerta: Caballero Ducorneau, añadió en seguida, dirigiéndose al canciller; su excelencia, si no me equivoco, os ha ordenado que despidiéseis á estos señores; despedidlos, pues.

—Perdonad, señor secretario...

—Obedeced las órdenes del embajador, dijo Beausire con desden, y no entreis en contestaciones con esa gente.

El amante de Oliva se retiró despues de pronunciar estas palabras.

El canciller asió á su primo del brazo derecho, y al sócio de este por el izquierdo, y los empujó suavemente hácia afuera, diciéndoles:

—No os molestais; vuestro negocio se lo ha llevado la trampa.

—Pero ¡Dios mio! qué susceptibles son estos extranjeros! murmu-

ró M. Bøhemer, el cual era, sin embargo, un aleman.

—Cuando se tiene el apellido de Sousa, y una renta de cien mil libras, cualquiera puede creerse con derecho, mi querido primo, para ser aquello que mas le acomode.

— ¡ Ah! exclamó Bossange suspirando; razon tengo yo en decir que sois demasiado copetudo para tratar con nadie.

—No os dé cuidado por eso, replicó el testarudo aleman; que al fin y al cabo, si nosotros nos quedamos sin su dinero, él se quedará sin nuestro collar.

A esta sazón hallábanse ya los dos joyeros en la puerta de la calle, en donde Ducorneau les dijo con acento desdeñoso y soltando una carcajada:

—Pero venid acá, pobres artesanos, venid acá; ¿no sabeis lo que es un portugués, y un portugués embajador? ¿Creeis por ventura que

le importará un ardite el quedarse sin vuestra joya? Escuchad: el embajador, Mr. Potemtein, favorito de una Reyna, compraba todos los años el dia 1.º de Enero para su soberana una cesta de cerezas, que le costaba cien mil escudos; es decir, una libra cada cereza: ¿qué decís á esto? Pues bien! M. de Sousa comprará, si fuese preciso, las minas del Brasil para hallar en sus filones un diamante que valga mas que todos los vuestros reunidos. Tal vez pague por él el importe de su renta de veinte años, ó sean veinte millones; ¿pero qué importa? el señor embajador no tiene hijos, y de consiguiente ningun reparo tendrá en ello.

Y al terminar estas palabras, se disponia el canciller á cerrar la puerta, cuando le detuvo Bossange diciéndole:

—Haced cuanto esté de vuestra parte para volver á arreglar el ne-

gocio, y os daremos.....

— ¡Oh! quitad allá; yo soy incorruptible, repuso Ducorneau cerrando la puerta.

Aquel mismo dia por la noche recibió el embajador la siguiente carta:

«Monseñor.

»Un hombre que espera vuestras órdenes, y el cual tiene vivísimos deseos de suplicaros que acepteis las respetuosas disculpas de vuestros humildes servidores, se halla á la puerta de vuestro palacio, dispuesto á entregar á la mas leve señal de V. E. y en manos del último de vuestros criados el collar que ha merecido la honra de llamar vuestra atención.

»Dignaos recibir, monseñor, la seguridad del profundo respeto con que somos etc., etc.

»BOHEMER Y BOSSANGE.»

— ¡Oh! exclamó don Manuel, así que acabó de leer la carta; ya es nuestro el collar!

— Todavía no, repuso Beausire; no será nuestro hasta tanto que o hayamos comprado.

— ¿Por qué?

— Ya sabeis que hemos dicho á los joyeros que V. E. no hablaba francés; de consiguiente es preciso ante todo que nos desembaracemos de M. Ducorneau.

— ¿Y de qué manera?

— De la manera mas sencilla del mundo; dándole una mision importante para cualquier punto; yo me encargo de eso.

— ¡Bah! entonces nos quedamos sin nuestra única garantía, dijo don Manuel.

— Mejor es eso que no esponernos á que diga que *hablais* francés tan bien como M. Bossange y yo.

— No lo dirá, porque le rogaré yo que no lo diga.

—Sea así ; quédese M. Ducorneau , y mandad entrar al hombre de los diamantes.

El hombre que esperaba á la puerta era M. Bøhemer , el cual entró en el aposento del embajador haciendo genuflexiones y pronunciando las mas sumisas disculpas.

En seguida puso en manos de M. de Sousa los diamantes, y haciendo ademanes de marcharse dió á entender que no tenia inconveniente en que se quedara con ellos para examinarlos despacio.

Don Manuel le hizo una seña para que se quedara.

—Basta ya de pruebas, dijo Beau-sire ; sois un mercader desconfiado, y eso me prueba que sois hombre de bien. Tomad asiento, puesto que S. E. se ha dignado perdonaros.

— ¡ Oh ! dijo para sí Bøhemer suspirando , ¡ cuántos trabajos pasa el que tiene que vender !

— ¡ Oh ! pensó también Beau-
sire interiormente ; ¡ cuántos tra-
bajos pasa el que se dedica á ro-
bar !

EL CONTRATO.

El embajador consintió al fin en examinar el collar minuciosa y detenidamente.

M. Boehemer le enseñó una á una todas las piedras de que constaba, llamándole la atención sobre sus bellezas.

Beausire, á quien don Manuel dijo en portugués algunas palabras, las trasmitió en seguida al joyero, diciéndole :

—El señor embajador no tiene nada que decir respecto al conjunto del collar, el cual es muy de su gusto: pero respecto de los diamantes dice que ha encontrado diez picados y defectuosos.

— ¡Oh! exclamó Bøhemer.

—Tened presente, prosiguió Beau-si, que su excelencia entiende mas que vos de diamantes, porque los nobles portugueses juegan con ellos en el Brasil, como juegan aqui los muchachos con cuentas de vidrio.

En efecto, don Manuel señaló con el dedo algunos diamantes, é hizo notar con admirable perspicuidad los defectos casi imperceptibles que tenian, y los cuales se hubieran escapado quizás á la vista del mas inteligente.

—Sin embargo, repuso Bøhemer sorprendido de ver que fuese tan conocedor un magnate; este collar á pesar de todo, es la mas hermosa coleccion de diamantes que exis-

te actualmente en Europa.

—No diré lo contrario, dijo don Manuel.

Y á una señal que hizo á Beausire, añadió este:

—Hé aqui de lo que se trata, M. Boehemer: S. M. la Reyna de Portugal ha oido hablar de esa alhaja, y ha encargado á su escelencia que entre en trato despues de ver los diamantes. Las piedras son del agrado del señor embajador: conque, ¿en cuánto quereis vender el collar?

—En un millon seiscientas mil libras.

Beausire repitió estas palabras á don Manuel; él repuso en seguida:

—Es muy caro.

—Monseñor debe considerar no obstante, repuso el joyero, que es muy dificil valuar en lo justo una alhaja de esta clase, puesto que para reunir las piedras ha sido preciso hacer viages y pesquisas, que pa-

recerian imposibles á cualquiera á quien se contasen.

—Pedís por el collar cien mil libras mas de lo que vale; repuso el tenaz portugués.

—Y advertid, que su escelencia debe estar muy convencido de lo que dice, añadió el amante de Oliva, porque M. de Sousa no regatea jamás.

Bøhemer dió muestras de ir perdiendo su desconfianza: porque nada hay, en efecto, que tranquilice mas á los negociantes recelosos, que un comprador que regatea.

El joyero, por lo tanto, dijo despues de un instante de meditacion :

—Yo no puedo acceder, sin consultarlo, á una disminucion que constituye la diferencia de la ganancia ó la pérdida.

D. Manuel escuchó de boca de Beausire la traduccion de estas pa-

labras, y se levantó en seguida.

El amante de Oliva cerró el estuche, y lo devolvió á Bœhemer, el cual dijo á su vez:

—Hablaré sin embargo á M. Bos-sange; ¿consiente en ello V. E?

—¿Qué quereis decir? preguntó Beausire.

—Quiero decir, que como su es-celencia ha ofrecido, si no me en-gaño, un millon y quinientas mil libras por el collar...

—Si.

—Desearia saber si está resuelto á comprarlo en ese precio.

—Su esclencia, repuso Beau-sire con jactancia portuguesa, no retrocede jamás de su palabra; pero suele no gustar á veces de que se gaste el tiempo en inútiles regateos.

—¿Pero ya supondreis, señor se-cretario, que yo debo de ponerme de acuerdo con mi sócio?

—¡Oh! ciertamente que sí, M.

Boehemer.

— Ciertamente que sí, respondió en portugués el embajador, cuando Beausire le trasmitió la observacion del joyero; pero decidle, añadió, que yo tambien necesito pronto una solucion definitiva.

— Está bien, monseñor; por de pronto puedo asegurar á V. E. que si mi sócio acepta la rebaja, yo accedo á ella de antemano.

— Bueno.

— Quedamos, pues, en que el último precio son un millon y quinientas mil libras.

— Eso es.

— Pues trato hecho, salva la ratificacion de M. Bossange...

— Ya hemos dicho que está bien.

— Ahora solo resta que conven-gamos en los términos en que ha de hacerse el pago.

— Sobre ese punto no habrá dificultad alguna, dijo Beausire. ¿En qué términos quereis que se haga

el pago?

— ¡Oh! repuso Bøehemer riéndose, en moneda contante, y sobre la marcha, si fuese posible.

— ¿A qué llamais moneda contante? dijo Beausire con frialdad.

— ¡Oh! Demasiado sé que no es fácil que haya quien pueda dar de un golpe un millon quinientas mil libras en especie! exclamó el joyero.

— Además, de que mirándolo despacio, tambien á vos os embarazaria tan crecida cantidad, M. Bøehemer.

— Con todo, señor secretario, de ningun modo consentiré en dejar de tomar algun dinero contante.

— Es muy justo.

Y volviéndose hácia don Manuel, añadió:

— ¿Cuánto piensa dar en metálico V. E.?

— Cien mil libras, dijo poturgués.

—Cien mil libras dice su escelencia que recibireis al contado, dijo Beausire trasmitiendo al joyero el *ultimatum* del embajador.

—¿Y el resto? preguntó Bøhemer.

—El resto tardareis en recibirlo el tiempo que tarde en llegar de Paris á Lisboa una letra de monseñor, á no ser que os agrade mas esperar tambien á que llegue el aviso de Lisboa á Paris.

—¡Oh! exclamó Bøhemer, precisamente tenemos en Lisboa un corresponsal, y escribiéndole...

—Eso es, dijo Beausire riéndose irónicamente; escribid á vuestro corresponsal, y preguntad si es persona de garantía M. Sousa, y si S. M. la Reyna es de fiar para la cantidad de un millon cuatrocientas mil libras.

—Caballero..... repuso turbado Bøhemer.

—¿Acceptais, ó preferis otras con-

diciones ?

—Las que me dijo primero el señor secretario, me parecen mas aceptables. Si no me equivoco, consistian en fijar algunos plazos para la entrega del dinero.

—Asi es en efecto, Mr. Boehmer; el pago se hará en tres plazos de á quinientas mil libras cada uno, lo cual os proporcionará el placer de un viage interesante.

—¿Un viaje á Lisboa?

—¿Por qué no? Paréceme que bien merece la pena de incomodarse el recibir en tres meses millon y medio de libras.

—¡ Oh ! sin duda que sí : pero.....

—Ademas, segun tengo entendido, viajareis á espensas de la embajada, y os acompañaremos el señor canciller ó yo.

—Y entonces, ¿ tendria yo que llevar los diamantes ?

—Ya lo creo ; á menos que prefirais mandar desde aqui las letras,

y dejar á los diamantes que se vayan por sí solos á Portugal.

—No sé qué hacer..... pero..... creo que el viage seria útil, y que....

—Esa es tambien mi opinion; aqui se podrá firmar el contrato; recibireis vuestras cien mil libras sobre la marcha, y en seguida ireis vos mismo á llevar el collar á S. M. ¿Quien es vuestro correspon-sal?

—Los señores Balboa y herma-nos.

Don Manuel levantó la cabeza al oir este nombre, y dijo sonriéndose:

—Precisamente son mis banqueros tambien.

—Los señores Balboa y herma-nos son los banqueros de su esce-lencia; repitió Beausire con otra sonrisa.

Boehemer manifestó señales ine-quívocas de gozo al escuchar esta

coincidencia, y su semblante no revelaba ni la mas ligera nube de desconfianza. Pero al inclinarse para dar las gracias al embajador, y en ademán de despedirse de él, dió á entender que le habia ocurrido una súbita reflexion.

—¿Qué otra cosa se os ofrece? le preguntó entonces Beausire con cierta inquietud.

—¿Quedamos, pues, en que puedo contar con vuestra palabra?

—Claro está que sí.

—Y en que el trato está cerrado, salva.....

—Salva la ratificacion de Mr. Bossange; ya habiamos convenido en eso.

—Y salvando tambien otro caso; añadió Bøhemer.

—¡ Ah! ¡ Ah! exclamó Beausire.

—Este asunto es muy delicado, caballero, y el honor del buen nombre portugués es un sentimiento demasiado poderoso para que su esce-

lencia deje de comprender mi pensamiento.

— Al hecho ! al hecho ! dejas de circunloquios !

— Ahora voy : El collar ha sido ofrecido á S. M. la Reyna de Francia...

— Quien lo ha rehusado. ¿ Qué mas ?

— Que á pesar de eso , nosotros , caballero , no podemos consentir en que esta alhaja salga de Francia para siempre , sin obtener primero el beneplácito de S. M. , puesto que la ealtad y el respeto exigen que demos la preferencia á nuestra soberana.

— Es muy justo ; dijo don Manuel con dignidad. ; Holgárame yo de que todos los negociantes portugueses tuviesen ese mismo lenguaje !

— Es una dicha para mí que su excelencia apruebe mi comportamiento. Quedamos , pues , en que los dos

casos únicos que hay que salvar son: la ratificación de mi compañero Mr. Bossange, y la negativa de S. M. la Reyna de Francia: para ambas cosas solo os pido tres dias de término.

Y por nuestra parte, añadió Beausire, nos comprometemos á entregaros cien mil libras en dinero contante, y tres letras de cambio. La caja de los diamantes será entregada al señor canciller ó á mí, que estoy dispuesto á acompañaros á Lisboa y á casa de los señores Balboa hermanos. El pago de la suma total deberá estar hecho de aquí á tres meses, y los gastos de viaje correrán de cuenta de la embajada.

— Eso es, caballero, eso es; dijo Bøehemer haciendo cortesias.

— ¡ Ah! exclamó á esta sazón don Manuel.

— ¿Qué? preguntó á su vez Bøehemer, sintiendo alguna inquietud.

—Se me olvidaba deciros, prosiguió el embajador, que quiero regalar á mi secretario una sortija de mil doblones, y otras dos iguales á vuestro consócio y al canciller de la embajada.

—Es muy justo, mouseñor; dijo Boehemer en voz baja; y yo tambien habia pensado en eso.

Don Manuel despidió entonces al joyero con un gesto de gran señor, y quedaron solos los dos tahures.

—¿ Quereís esplicarme ahora con mil diablos, dijo don Manuel á Beausire con cierta animacion, qué idea os habeis llevado al decir que no se queden aqui los diamantes? ¿ A qué demonios viene ese viaje á Portugal? ¿ Estais loco? ¿ No era mas sencillo haber tomado los diamantes de esa gente dándoles las cien mil libras en cambio?

—¡ Bah! Veo que tomáis muy por lo serio vuestro papel de embajador,

replicó Beausire, sin tener presente que todavía no habrá tragado quizás del todo M. Bøhemer que seais el verdadero M. de Sousa.

— ¡Oh! eso no es creible: si abrigara semejante sospecha, no hubiera entrado en trato.

— No diré que no: es muy posible, en efecto; que teniendo esa desconfianza, no hubiera querido entrar en negociaciones; pero no olvidéis tampoco que un hombre que posee un millon quinientas mil libras, se cree superior á todos los Reyes y á todos los embajadores del mundo. No olvidéis que el hombre que trueca un collar de ese precio por dos pedazos de papel, quiere saber si estos papeles no son papeles mojados.

— Pero en resumidas cuentas, siempre resultará que tendreis que acompañar al joyero á Portugal y no sabeis una palabra de portugués!... Vamos, repito que estais loco.

—Yo creo que estoy muy cuerdo, dijo Beausire, puesto que esa dificultad queda orillada haciendo vos el viaje.

—¡Yo! exclamó don Manuel: ¡volver yo á Portugal! ¡No haré tal, así Dios me salve! tengo razones poderosísimas para oponerme á esa determinacion!

—Pues yo os declaro que Bœhemer no hubiera consentido jamas en dar sus diamantes contra dos pedazos de papel.

—Dos pedazos de papel, que llevan la firma de un Sousa!

—¡Qué tal! ¿No decia yo bien que se creía un embajador entero y verdadero? exclamó Beausire.

—Prefiero á ir á Portugal, el que se lleve el diablo el negocio, dijo don Manuel.

—Eso no, cuerpo de Cristo! Venid acá, señor mayordomo, dijo Beausire al ayuda de cámara que apareció á la sazón en el dintel de la

puerta: Ya sabeis de lo que se trata, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Habeis escuchado lo que decíamos?

— No lo niego.

— Muy bien; ¿y creéis como este buen señor que he hecho una majaderia?

— Al contrario, creo que teneis cien mil veces razon.

— Decid por qué.

— ¿Por qué? En primer lugar, porque M. Bøehemer no hubiera cesado, si hubiera sido otra nuestra conducta, de vigilar la casa de la embajada y al embajador.

— Y bien, ¿y qué? preguntó don Manuel.

— Que teniendo en su poder el cofrecito de los diamantes y las cien mil libras, M. Bøehemer no concebirá sospecha alguna y partirá tranquilamente para Portugal.

— Hasta donde no es nuestro áni-

mo seguirle, señor embajador, dijo el ayuda de cámara; ¿digo bien, señor de Beausire?

—Hé ahí lo que se llama un hombre de talento, exclamó el amante de Oliva.

—Decid, pues, vuestro plan, repuso don Manuel con su habitual sangre fría.

—A cincuenta leguas de Paris, prosiguió Beausire, ese mozo, prodigio de talento, se acercará á nuestro postillon con una pistola en cada mano y cubierto el semblante con una careta; nos quitará las letras de cambio y los diamantes, molerá á golpes á M. Bøhemer, y asunto concluido.

—No era así como yo lo comprendía, dijo el ayuda de cámara. Lo que yo habia creído es que M. Beausire y M. Bøhemer se embarcarian en Bayona para Portugal.

—Muy bien, ¿y luego?

—M. Bøhemer, como todos los

alemanes, debe ser aficionado á la mar, saldrá por lo tanto á pasarse sobre el puente del buque. Entonces hará el demonio que caiga al agua por arte de birli-birloque, y todo el mundo creerá que cayó con él tambien el cofrecito. Ahora pregunto yo: ¿qué inconveniente hay en que queden sepultadas un millon y quinientas mil libras en la mar, que como todo el mundo sabe, guarda en su seno una porcion de galeras de las Indias?

¡ Ah! si; ya caigo, dijo el portugués.

— ¡ Escelente idea! murmuró Beau-sire.

— La única contra que eso tiene, repuso don Manuel, es que por limpiar los diamantes, podria uno ser conducido á la Bastilla; al paso que por hacer mirar al agua al joyero, quizás se empeñarían en colgarle á uno.

— Pero tambien hay que tener

presente, repuso el ayuda de cámara, que por el robo de los diamantes prenderian á cualquiera, al propio tiempo que por ahogar á ese hombre no se sospecharia ni un minuto tan solo.

—Eso se discutirá cuando llegue el caso, replicó Leausire: ahora por de pronto desempeñemos todo lo mejor posible nuestros respectivos papeles, y hagamos marchar la embajada como si fuéramos un modelo de portugueses diplomáticos, para que se diga de nosotros: «Si no eran verdaderos embajadores, lo fingian bien al menos.» Esto siempre lisonjea el amor propio. Aguardemos, pues, los tres dias convenidos.

LA CASA DEL FOLLETISTA.

La escena que vamos á describir tuvo lugar á la mañana siguiente al dia en que los portugueses habian cerrado el trato con M. Bœhemer, y tres dias despues del baile de la Opera, al cual vimos asistir á algunos de los principales personajes de nuestra historia.

En la calle de Montorgueil, y en el fondo de un patio cerrado por

una verja, se elevaba en aquella época una casita alta y angosta, defendida del ruido de la calle por unas contraventanas que recordaban la vida de provincia.

A lo último de este patio veíase el piso bajo de la indicada casa, cuya puerta (para llegar á la cual habia que pasar por el fétido olor de dos ó tres alcantarillas) ofrecia el aspecto de una tienda medio abierta á aquellos que habian atravesado ya el obstáculo de la verja y la plazicie del patio.

En esta casa vivia un escritor muy afamado, un folletista, como se decia en aquella época. El redactor vivia en el piso principal, y el piso bajo servia de almacén ó depósito, en el cual se guardaban los folletos, empaquetados por números. Los otros dos pisos de la casa estaban habitados por gentes pacíficas, las cuales pagaban demasiado caro el disgusto de presenciar varias

veces en el año las ruidosas escenas que deparaban al folletista los agentes de policia, los particulares á quienes habia ofendido, ó los actores á quienes habia tratado como á cafres.

En los dias que estas escenas tenian lugar, los inquilinos de la casa de la *verja* (con este nombre se la designaba en el barrio) cerraban las ventanas que caian á la calle, para oir mejor los ahullidos del folletista, el cual evitaba ordinariamente la persecucion de los agresores, refugiándose en la calle de los Vieux-Augustins por una puerta de escape que habia en su aposento.

Esta puerta, que estaba perfectamente oculta, se abria y volvía á cerrarse con la mayor rapidez: entonces cesaba el ruido; porque el sitiado habia tomado ya las de Villadiego, y los sitiadores solian hallarse frente á frente con cuatro fusi-

leros de guardias francesas, á quienes una vieja criada del folletista solia ir á llamar al cuerpo de guardia de la Halle.

Muchas veces ocurría que no encontrando los sitiadores alma viviente sobre quien descargar su cólera, se cebaban en los papeles mojados del piso bajo, y hacian pedazos ó quemaban, si podian haber fuego á las manos, cierta cantidad de los folletos culpables.

Pero ¿de qué servia una hoja de folleto para satisfacer la sed de venganza de aquel que queria hacer pedazos la piel del folletista?

Fuera de estas escenas, la tranquilidad de la casa de la *verja* era proverbial.

M. Reteau salia por las mañanas, daba una vuelta por los malecones y los baulevares, donde encontraba vicios y ridiculeces, que anotaba para retratarlos despues muy á lo vivo en su próximo número.

El folleto era semanal, y de consiguiente el señor Reteau se dedicaba cuatro dias á casar el artículo, lo hacia imprimir en tres, y descansaba el dia que salia á luz.

El dia á que nos referimos, ó sea sesenta y dos horas despues del baile de la Opera, en el cual se habia divertido tanto la señorita Oliva, yendo del brazo de el del dominó azul, habia salido uno de los folletos.

M. Reteau, que se habia despertado á las ocho de la mañana, recibió de manos de su criada el número de aquel dia, que venia aun húmedo y oliendo á la imprenta.

El redactor se apresuró á leer su obra con el esmero y cuidado de un padre, que pasa revista á las buenas cualidades ó defectos de su hijo predilecto.

Terminada esta operacion, dijo á la vieja:

—He hecho un número magnífico, Aldegonda; ¿lo has leído?

—Todavía no, repuso la vieja; porque aun no he acabado de hacer mis sopas.

—Estoy contentísimo de él, prosiguió el folletista, alzando de su tísico lecho sus descarnados brazos.

—No diré yo lo contrario, repuso Aldegonda; pero ¿sabeis lo que he oido en la imprenta?

—¿Qué has oido?

—Dicen que lo que es esta vez no escapareis de ir á la Bastilla.

Reteau se incorporó sobre el lecho, y dijo á su criada con voz tranquila:

—Aldegonda, Aldegonda, hazme una buena sopa, y no te metas á hablar sobre literatura.

—¡Oh! siempre el mismo! replicó la criada; siempre tan temerario como un fraile mendicante.

—Te prometo comprarte con el

número de hoy unos magníficos pendientes, añadió el folletista envolviéndose con sus sábanas de una blancura equívoca. ¿Han venido á comprar muchos ejemplares?

—Todavía no, y temo por lo tanto, que si esto continúa, no sean muy relucientes mis arracadas. Acordaos sino del buen número que publicásteis contra M. de Broglie, del cual se vendieron cien números á las diez horas de haber salido á luz.

—Es verdad; y tambien me acuerdo que tuve que largarme tres veces á la calle de los Vieux-Augustins, dijo Reteau: el menor ruido me daba calentura; ¡son tan feroces estos militares!

—Pues bien; de ahí deduzco yo, repuso la tenaz Aldegonda, que el número de hoy no valdrá tanto como el de M. de Broglie.

—No diré lo contrario, repuso M. Reteau; pero en cambio no ten-

dré que hacer tanta escapatoria, y me comeré mi sopa mas tranquilamente. ¿Sabes por qué, Aldegonda?

—A fé mia que no, señor.

—Porque en vez de atacar á un hombre ataco á un cuerpo; en vez de referirme en el presente número á un militar, me refiero á una Reyna.

—¡A la Reyna! Dios sea loado, amo mio, murmuró la vieja; en ese caso nada temáis, porque vais á ser por el contrario conducido en triunfo, venderemos todos los ejemplares, y yo tendré mis pendientes.

—¡Que llaman! exclamó á esta sazón Reteau, volviéndose al lecho.

La vieja fue corriendo al almanen á recibir la visita, y á los pocos minutos volvió gritando alegremente:

—¡Vienen por mil ejemplares e un golpe! ¡buen parroquiano!

— ¿A nombre de quién? preguntó vivamente Reteau.

— No lo sé:

— Pues es preciso saberlo; anda lista.

— ¡Oh! no os dé cuidado, porque tenemos tiempo de sobra: no se cuentan, ni se empaquetan, ni se cargan tan fácilmente mil ejemplares.

— Anda lista, repito, y pregunta al criado... ¿No es un criado el que ha venido por ellos?

— Es un mozo de cordel; un auvernés armado de sus correspondientes corchetes.

— ¡Bueno! pregúntale ó indaga donde va á llevar esos números.

Aldegonda fue efectivamente á evacuar este encargo; sus gruesas piernas hicieron crugir la escalera de madera que conducia al piso bajo, y su voz, que interrogaba al mozo de cordel, resonaba sin cesar al través de las tablas. El mozo con-

testó que tenia orden de conducir los folletos á la calle Neuve-de-Saint-Gilles, situada en el barrio del Marais, y á casa del señor conde de Cagliostro.

El folletista dió al oír estas palabras un salto de alegría tan extraordinario, que estuvo á pique de estropear el catre; en seguida se vistió aceleradamente y se dirigió al almacén á activar por sí la operación de empaquetar y vender los números, que estaba confiada á un solo hombre, especie de sombra famélica, mas trasparente que las hojas impresas. El auvernés cargó con los mil ejemplares y desapareció por la verja, agobiado con el peso de los folletos.

El señor Reteau, felicitándose de haber hecho tan dichosa adquisición, se disponia ya á adoptar para el próximo número el prodigioso éxito del que acababa de imprimir, y á consagrar algunas líneas

al generoso señor que habia tenido á bien comprar mil ejemplares de un folleto, que tenia las pretensiones de un folleto político, cuando volvió á sonar otra vez la campañilla de la puerta.

— ¡ Ah! Sin duda vienen por otros mil ejemplares, exclamó Aldegonda, engolosinada y seducida por el primer triunfo. ¡ Oh! nada tendrá de extraño, porque tratándose de la *Austriaca*, todo el mundo querrá hacer cara.

— ¡ Silencio! ¡ Aldegonda, silencio! No hables tan alto. Lo *Austriaca* es una injuria, que podria proporcionarme el alojamiento que me has predicho, es decir, la Bastilla.

— Pues qué, dijo ásperamente la vieja, ¿ no es *Austriaca* por ventura? ¿ Si ó no?

— Sí, muger; pero esa es una palabra que ponemos en circulacion nosotros los folletistas, y la cual

es peligroso prodigar.

La campanilla volvió á sonar con mayor violencia.

— Anda á ver quién es, Aldegonda; porque voy sospechando que no vienen á comprar números.

— ¿Qué motivos teneis para creerlo así? preguntó la criada, bajando la escalera.

— Qué se yo; però me parece que estoy viendo en la verja un hombre de semblante lúgubre.

Aldegonda continuaba bajando, y se dirigia hácia la puerta para abrir al que llamaba.

M. Reteau miraba hácia la entrada con una atencion que debe comprenderse perfectamente, despues de la descripcion que acabamos de hacer del personage y de su oficina.

Aldegonda abrió la puerta en efecto á un hombre vestido con sencillez, y el cual preguntó si se hallaba en casa el folletista.

— ¿Qué teneis que decirle? le preguntó Aldegonda con cierto aire de desconfianza, y entreabriendo la puerta de modo que pudiera volver á cerrarla á la primera apariencia de peligro.

El hombre que habia llamado, hizo sonar en su bolsillo unos cuantos escudos, y este sonido metálico dilató el corazón de la vieja.

— Vengo, le dijo, á pagar los mil ejemplares del folleto de hoy, que han venido á buscar en nombre del señor conde de Cagliostro.

— ¡Ah! si es así, pasad adelante.

El hombre atravesó la verja, y se disponia á volver á cerrarla, cuando acercándose un jóven, alto y de buena figura, que habia venido detrás de él, le detuvo diciéndole:

— Perdonad, caballero.

Y sin aguardar el permiso se escurrió detrás del pagador enviado por

el conde de Cagliostro.

Aldegonda, fascinada por el sonido de los escudos, y entregada en cuerpo y alma á la idea de la ganancia volvió á donde se hallaba su amo, y le dijo:

—Vamos, vamos, todo marcha perfectamente; ahora nos traen las quinientas libras de parte del caballero que ha mandado por los ejemplares.

—Recibámoslos noblemente, dijo Reteau, parodiando á Larive en su mas reciente creacion.

Y envolviéndose en una bata bastante regular que debia á la munificencia, ó mas bien, al terror de Mad. Dugazon, á la cual sacaba el folletista considerables y frecuentes regalos de todos géneros, despues de su aventura con el caballero Astley, se preparó para recibir la visita que Aldegonda le habia anunciado.

El administrador del conde de Ca-

gliostro llegó á la habitacion donde se hallaba el folletista, y desatando un taleguito de escudos de á seis libras que traia debajo del brazo, contó hasta ciento, y los apiló en doce montones.

Contólos Reteau escrupulosamente, y los tanteó al peso para ver si eran faltos; despues de lo cual dió un recibo al enviado de M. de Cagliostro, y antes de despedirlo le pidió maliciosamente noticias acerca de aquel que le habia encargado semejante comision.

El administrador contestó á las palabras del folletista dandole las gracias, como si las tomara por un cumplido muy natural, y se retiró en seguida.

—Decid al señor conde que siempre estoy pronto á satisfacer el menor de sus deseos, y añadid ademas que puede estar tranquilo, porque yo sé guardar los secretos que se me confían.

—Es inútil, repuso el pagador; el señor conde de Cagliostro es independiente, y se burla del magnetismo; su único objeto al desear la propagacion de la aventura de la cubeta, ha sido el que todo el mundo se ria de M. Mesmer.

—¡Ah! murmuró desde el dintel de la puerta una voz al oír estas palabras; ya haremos de modo que el público se ria á espensas del conde de Cagliostro.

Y M. Reteau vió aparecer en su cuarto á un personage, cuya figura le pareció mucho mas lúgubre que la del primero.

El reciénllegado, como hemos dicho ya, era un hombre jóven y vigoroso: M. Reteau sin embargo, no era de esta opinion, y hallaba por el contrario que su mirada y su continente eran amenazadores.

En efecto, el personage á que aludimos tenia la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada, y

con la derecha traia un baston.

—¿Qué teneis que mandarme, caballero? le preguntó Reteau con cierto estremecimiento que solia apoderarse de él siempre que se hallaba en alguna situacion difícil y embarazosa.

Y como estas ocasiones eran sobrado frecuentes, resultaba que el pobre folletista estaba la mayor parte del tiempo con el alma en un hilo.

—¿M. Reteau? preguntó el desconocido.

—Yo soy, caballero.

—¿M. Reteau, que se apellida ademas de Villette?

—Repito que soy yo.

—¿Folletista de oficio?

—Si señor.

—¿Y autor de este artículo? insistió el desconocido con frialdad y sacando del bolsillo un número del folleto publicado aquella misma mañana, y el cual conservaba aun la humedad de la imprenta.

— Autor precisamente no, respondió el folletista, pero soy en efecto el editor.

— Muy bien; tanto da para el caso, puesto que si no habeis tenido el valor suficiente para escribir el artículo, habeis tenido en cambio bastante cobardía para darlo á luz.

Y digo cobardía, prosiguió tranquilamente el desconocido, porque siendo como soy un hidalgo, quiero ser comedido en mis espresiones aun hallándome como me hallo en este tabuco. Pero no váyais á tomar mis palabras al pie de la letra, porque están muy lejos de espresar todo mi pensamiento: para conseguirlo, tendria que decir: «El que ha escrito el artículo es un infame! el que lo ha publicado, es un miserable!»

— ¡Caballero!... exclamó Reteau palideciendo.

—Diantre! diantre! ¿no es verdad, señor folletista, que este asunto se

va poniendo de mal aspecto? prosiguió el desconocido animándose á medida que iba hablando. Pero, amigo mio, á cada puerco le llega su San Martin: hace un momento habeis recibido los escudos; ahora os toca recibir los palos.

— ¡Oh! eso lo veremos! exclamó Reteau.

— ¿Y qué es lo que vamos á ver? preguntó con tono decisivo y un si es no es militar, el jóven, arrojándose sobre su adversario.

Pero este, que conocia perfectamente las vueltas y revueltas de su casa, y que no era aquella la primera vez que se hallaba metido en tales apuros no tuvo que hacer mas que volverse para hallar una puerta, abrirla, cerrarla en seguida, servirse de ella como de un escudo, y ganar la pieza inmediata, en la cual estaba la famosa puerta de escape que daba á la calle de los Vieux-Augustins.

Una vez ganada esta habitacion, podia considerarse en salvo, puesto que no tenia mas que abrir una verja, cuya llave estaba puesta siempre, y echar á correr á todo escape.

Pero aquel dia debia serlo de desgracia para el pobre escritor puesto que en el instante mismo de ir á poner la mano sobre la indicada llave, distinguió por la claravoya á otro hombre, á quien creyó un Hércules, y el cual, inmóvil y con aspecto amenazador, parecia estar esperando al folletista, como el dragon del jardin de las Hespérides esperaba en otro tiempo á los que iban á robar las manzanas de oro.

Bien hubiera querido Reteau retroceder; pero el jóven del baston, el que primero se presentó á su vista, habia desquiciado la puerta de un pantapie, y siguiendo los pasos del fugitivo, se acercó á él hasta la distancia de poder asirle sin mas que estender el brazo.

Detúvose no obstante al ver al otro centinela, que venia armado asimismo de una espada y de un baston, y el pobre folletista quedó por lo tanto entre dos fuegos, ó por mejor decir, entre dos bastones, y en una especie de patio oscuro, aislado, profundo, libre de toda comunicacion, y situado entre las últimas piezas de la casa, y la dichosa verja. En otros términos; si el paso hubiera estado franco, Reteau se hallaba en el puerto de su salvacion y de su libertad.

—Caballero, dejadme pasar; dijo el folletista con ademan suplicante al jóven que guardaba la verja.

—No hagais tal, caballero; repuso el que perseguia á Reteau; haccdme el obsequio de detener á ese miserable.

—Tranquilizaos, M. de Charney; os respondo de que no se escapará; dijo el jóven de la verja.

— ¡Qué veo! sois vos, M. de

Taverney! exclamó M. de Charny; que no era otro, en efecto, el que se habia presentado el primero en casa de Reteau entrando detrás del administrador del conde de Cagliostro por la calle de Montorgueil.

Ambos jóvenes, al leer el folleto por la mañana, habian tenido la misma idea, (lo cual no debe parecer extraño, puesto que abrigaban en el corazon un mismo sentimiento) y sin comunicársela uno á otro, trataron de ponerla en ejecucion.

Esta idea se reducía á ir á casa del folletista á exigirle una satisfaccion, y á darle de palos si se la negaba.

Pero al encontrarse en aquel sitio, ambos jóvenes sintieron un movimiento de mal humor, porque ambos sospecharon tambien que tenian un rival en el hombre que habia experimentado la sensacion, que uno y otro habian sentido por separado.

Así es que el tono con que pronunció M. de Charny las palabras «¡sois vos, M. de Taverney!» era bastante áspero.

—Si, yo soy; respondió Felipe, con el mismo acento, y haciendo también un ademán amenazador hacia el pobre folletista, el cual sacaba los brazos por la verja con actitud suplicante. Sí, yo soy, repitió M. de Taverney; pero veo con disgusto que he llegado demasiado tarde, y de consiguiente me contentaré con presenciar la función, á no ser que tengais la bondad de abrirme la puerta.

— ¡La función! exclamó espantado el folletista; pues qué, señores, ¿tratais por ventura de degollarme?

— ¡Oh! esa palabra es demasiado fuerte, repuso Charny. No, amigo, no tratamos de degollaros; pero empezaremos haciéndoos un interrogatorio, y decidire-

mos despues. ¿Me permitís, caballero Taverney, que me las componga con este hombre á mi antojo.

—Seguramente que sí, respondió Felipe, puesto que habeis llegado el primero.

—En ese caso, arrimaos á la pared, y no os movais, dijo Charny dándole las gracias con la cabeza.

Y volviéndose luego hácia el folletista, prosiguió:

—¿Confesais, pues, querido mio, que sois el autor y editor del cuento *chistoso* (asi lo llamais en vuestro folleto) que se ha publicado en él esta mañana, que se dirige contra la Reyna?

—El cuento no es contra la Reyna, caballero.

—¡Ah! ¡Pues no faltaba mas que eso!

—Veo que teneis mucha paciencia, caballero Charny, dijo Feli-

pe, rechinando los dientes desde el otro lado de la verja.

—Tranquilizaos, repuso M. de Charny: este bribon no perderá nada por esperar.

—No diré lo contrario, murmuró Felipe; pero no olvideis que yo tambien espero.

Charny se dirigió á Reteau, sin contestar á las últimas palabras de Taverney, y le dijo:

—*Etteniotna*, señor mio, es la Reyna Antonieta... ¡Oh! no mintais; caballero, no mintais... Eso seria tan vil y tan infame, que en lugar de apalearos ó de mataros como Dios manda, os estrujaria vivo. Responded por lo tanto categóricamente. ¿Sois el único autor de este folleto?

—Yo no delato á nadie, repuso Reteau, poniéndose erguido.

—Muy bien, eso quiere decir que teneis un cómplice; y puesto que ya sabemos que el hombre que ha

venido á compraros mil ejemplares de esta diatriba, venia en nombre del conde de Cagliostro, este pagará por él, y vos pagareis por vos.

—Conste, caballero, que yo no le acuso; replicó el folletista, temiendo hallarse cogido entre la cólera de aquellos dos hombres, amén de la de Felipe, el cual palidecia de rábía al otro lado de la verja.

—Pero ya que sois el primero que ha caído en mis manos, continuó Charny, preciso será también que pagueis el primero vuestro merecido.

Y enarboló el baston sobre las espaldas del folletista, el cual gritó al ver este movimiento.

—¿Qué vais á hacer, caballero? Si yo tuviera una espada...

—Caballero Taverney, dijo Mr. de Charny, bajando el baston; ¿queréis hácerme el favor de prestar vuestra espada é este tunante?

— ¡Oh! no; no me parece regular el conceder á un hombre como ese una espada, que creo haber llevado hasta aqui con honra: lo que puedo hacer, es prestaros mi baston, si no teneis bastante con el vuestro.

— ¡Cómo! dijo Reteau exasperado; ¿ignorais por ventura, caballero, que he nacido noble?

— En ese caso, dijo Charny, dirigiéndose á Felipe, y arrojando su espada á los pies del escritor, prestadme á mí la vuestra, para que se bata ese vergante con la mia.

Felipe no tenia nada que objetar; así es que sacando su espada de la vaina, la alargó al través de la verja al caballero Charny, el cual la tomó haciéndole un saludo.

En seguida continuó, dirigiéndose al folletista:

— ¡Ah! ¡has dicho que eres noble, y te atreves sin embargo á

escribir infamias semejantes contra la Reyna de Francia!.... ¡Pues bien! recoge esa espada, y muestra tu hidalguía.

Reteau, sin embargo, permaneció inmóvil: hubiera podido decirse que tenía tanto miedo de la espada que yacía á sus pies, como del baston que pocos momentos antes habia estado suspendido sobre su cabeza.

— ¡Por vida del demonio! exclamó Felipe exasperado; hacedme el favor de abrir esa verja.

— Perdonad, caballero, repuso Charny; ya sabeis que hemos convenido en que este hombre me pertenece.

— Pues apresuraos, ¡voto á brios! á concluir, porque ardo ya en deseos de comenzar.

— Debeis comprender, sin embargo, que debo apurar todos los medios antes de llegar al extremo, porque los bastonazos son casi tan costosos de dar como de recibir, pero una

vez que este caballero los prefriere á las estocadas, voy á servirle á su gusto.

Y al terminar estas palabras, un grito del folletista anunció que M. de Charny acababa de unir el hecho al dicho. Cinco ó seis palos aplicados con mano vigorosa, y de los cuales produjo cada uno un grito equivalente al dolor que hacian sentir al que los recibia, siguieron al primero.

Estos gritos atrajeron á Aldegonda al lugar donde pasaba la escena; pero Charny hizo tan poco caso de las exclamaciones de la criada como de las del amo, que prosiguió sacudiendo folletista.

Mientras tanto Felipe, se mordea los dedos de impaciencia, y sus ademanes tenian bastante analogía con los del oso que huele la carne fresca al través de los barrotes de la jaula en que está encerrado.

Chany se detuvo al fin cuando

se cansó de descargar golpes, y Reteau cayó en tierra, harto de recibirlos.

— ¡Bien está! exclamó entonces Felipe. ¿habeis concluido?

— Sí; respondió Charny.

— Pues bien; devolvedme ahora mi espada que os ha sido inútil, y dignaos abrir la verja.

— ¡Ah! ¡Caballero! ¡por Dios, no hagais tal! exclamó el folletista implorando la defensa del hombre que acababa de arreglar sus cuentas con él.

— ¡Ya comprendereis, repuso Charny, que no me es posible dejar á este caballero en la puerta; de consiguiente voy á abrirla para que entre.

— Oh! exclamó Reteau; ¡esto es un asesinato! matadme de una estocada, y concluyamos de una vez.

— ¡Oh! descuidad, dijo Charny: yo creo que este caballero no se dignará tocaros al pelo de la ropa.

—Decis bien , amigo; repuso Felipe con soberano desprecio; no pienso tocar á ese hombre: Alzaos por lo tanto, señor folletista, y nada temais: ya habeis sido apaleado en debida forma. Pero en cambio, supongo que deben quedar bastantes números de la edicion, y es preciso destruirlos.

— ¡Ah! ¡muy bien pensado! dijo Charny: bien dicen que ven mas cuatro ojos que dos, puesto que talvez no me hubiera ocurrido á mí esa idea. Pero hablando de otra cosa, ¿por qué feliz casualidad os hallábais en esa puerta, M. de Taverney?

—Voy á decíroslo, repuso Felipe. Habiendo pedido informes en el barrio acerca de las costumbres de ese vergante, he sabido que acostumbra á huir, cuando alguno viene á buscarle el bulto, y despues de averiguar los medios de que se vale para tomar las de Villadiego,

calculé que presentándome por la puerta ordinaria, cogeria al zorro, utilizando sus propias tretas. La casualidad ha hecho que os ocurriera á vos la misma idea de venganza; pero como vuestros informes eran menos completos, habeis entrado por la puerta por donde entra todo el mundo; y ya iba á escapárse el muy bribon, cuando afortunadamente me hallaba yo aqui para estorbarlo.

—De lo cual me doy mil veces el parabien! Ahora, caballero de Taverney, acompañadme, y obliguemos á este tunante que nos conduzca á donde está la imprenta.

— ¡Oh! no la tengo aqui, repuso Reteau.

— ¡Mentira! exclamó Charny en ademán amenazador.

—No, no creais tal, replicó Felipe: estoy en que tiene razon, y que los moldes están ya distribuidos; pero en cambio no lo está la edicion,

la cual debe hallarse, á escepcion de los mil ejemplares vendidos á M. de Cagliostro.

—En ese caso obliguémosle á que rompa toda la edicion á nuestra vista.

—No, obliguémosle á que la quemé, que es mas seguro.

Y decidiéndose Felipe por esta clase de satisfaccion, hizo levantar al folletista, y le obligó á que lo condujese al almacén.











12

12

12

FA

XII

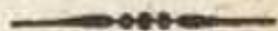
163

EL COLLAR
DE LA
REYNA

FAN
XIX
163b

2

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**



IV.